Al Sr. Don Manuel Linares García,

Los autores

LAS DE CAÍN

Alvarez

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LAS DE CAÍN

COMEDIA EN TRES ACTOS

DE

SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO

Estrenada el 3 de Octubre de 1908 en los Teatros de la Comedia, Eldorado, San Fernando y Rosalía de Castro, de Madrid, Barcelona, Sevilla y Vigo, respectivamente.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T BORRAS

N.º de la procedencia
18

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1908

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lasdecancomediae00lvar

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

AL INSIGNE MAESTRO

DE LA NOVELA Y DEL TEATRO

Don Benito Pérez Galdós,

SUS APASIONADOS ADMIRADORES

Y DEVOTÍSIMOS AMIGOS,

LOS AUTORES.

862.8
T2553
v.33

721404

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA ELVIRA HORCAJO DE CAÍN	Irene Alba.
ROSALÍA	Nieves Suárez.
MARUCHA	Concha Ruiz.
ESTRELLA	Mercedes Pérez de Vargas.
AMALIA	María Carbone.
FIFÍ	Esperanza Bedoya.
DOÑA JENARA	Julia Martínez.
BRÍGIDA	Ana Quijada.
DON SEGISMUNDO CAÍN Y DE LA MUELA	José Santiago.
EL TÍO CAYETANO	Rafael Ramírez.
ALFREDO	Manuel González.
MARÍN	José Calle.
PEPÍN CASTROLEJO	Ernesto Vilches.
TOMÁS	Juan Catalá.
UN GUARDA	Pedro Zorrilla.
EMILIO VÁZQUEZ	Antonio Suárez.
UN BARQUILLERO	Emilio Ruiz Santiago.
UN LACAYO	N. N.
UN POLLITO	Emilio Ruiz Santiago.

En Barcelona, Sevilla y Vigo, estrenaron esta comedia respectivamente, las compañías de Balaguer y Larra, Rosario Pino y Emilio Thuillier, y Carmen Cobeña.

ACTO PRIMERO

Pequeña glorieta entre las alamedas frondosas de un paseo público, en Madrid. Tres bancos de piedra: dos de ellos en el primer término de la derecha y de la izquierda, y uno al foro. Es por la mañana, en el mes de Abril.

—

Tomás está sentado en el banco de la derecha del actor, estudiando en unos apuntes. Es un jovenzuelo de la clase media, que viste sencillamente y sin aliño alguno.

TOM. Después de un rato de lectura. ¡Qué pesado es esto!... ¡Qué opio!... ¡Lo que me importará á mí que paguen ó no paguen derechos de aduanas las esponjas! Deja los apuntes sobre el banco, y se pone á cantar una cancioncilla ligera, para explayar su espíritu.

El Guarda del paseo sale por la izquierda y se dirige á él.

GUAR. Buenos días, señorito.

TOM. Buenos días.

GUAR. Usté despense una pregunta.

TOM. Si no ha de ser del programa, venga.

GUAR. ¿Esas señoritas, usté me comprende, que vienen á esta glorieta muchas mañanas, y que ayer también estuvieron, me comprende usté, sabe usté si han perdido aquí alguna cosa?

TOM. Hombre, sí: echaron de menos un abanico.

GUAR. Un abanico. ¿Usté lo conoce?

TOM. Es posible.

GUAR. A ver si es este por un casual. Le da uno que trae guardado.

TOM. Sí, señor: este es. Tiene aquí el nombre de la dueña.

GUAR. Pues si el señorito quiere hacerme el favor de entregárselo...

TOM. Ya lo creo. Y muchas gracias.

GUAR. No las merece, señorito. Es el deber de uno, en concencia. Porque si uno, ¿usté me comprende? se encuentra una cosa que no es suya, ¿me comprende usté? uno, ¿usté me comprende?...

TOM. ¡Vaya si lo comprendo á usted! Le da una propina. Tome para unos cigarrillos.

GUAR. Se estima. No quería yo nada; pero se estima. Porque ya sabe el señorito que lo que caiga en mis manos seguro lo tiene. Lo mismo le entrego á usté esa porquería de abanico que una alhaja de precio.

TOM. Ya, ya.

GUAR. Mirando hacia la derecha del foro. ¡Anda con Dios! ¡Qué bestias son algunas! Y no es criticación.

TOM. ¿Por qué lo dice?

GUAR. ¡Arrepare usté en aquella niñera! Ya se sentó en el verde. Ni que la regañe ni que no, toas las mañanas ha de hacer lo mismo. ¡Al verde! Paece que en lugar de chicos trai borregos. Chillándole y yéndose hacia ella. ¡Eh! ¡Señora! ¡Que no está usté en su casa! ¡Señora! Por la izquierda del foro llega Pepín Castrolejo, antes que desaparezca el Guarda. Es un gomosillo adinerado, de poquísimo fósforo en la mollera y con pretensiones de hombre de mundo.

PEPÍN Hola, Tomás.

TOM. Hola.

PEPÍN ¿No han venido las niñas todavía?

TOM. Todavía no.

PEPÍN Bueno, vamos á ver: ¿cuál es el *colmo...?*

TOM. Hombre, ¿ya empieza usted con *colmos* y con chistes?

PEPÍN ¡Si no tengo otra cosa que hacer! Este me ha desvelado toda la noche. Se me ocurrió al meterme en la cama, y no lo he podido dejar. ¿Cuál es el *colmo...?* No; no... Por más que sí... ¿Cuál es el *colmo* de la costurera interesada?

TOM. ¡Qué sé yo!

PEPÍN Fíjese usted, hombre: el *colmo* de la costurera interesada.

TOM. No lo acierto; no.

PEPÍN ¡Hacerle el amor á un guarda-agujas! ¡Jeeeee!

Se ríe de una manera muy peculiar, como siempre que tiene algún chispazo del ingenio.

TOM. ¡Vamos!

PEPÍN Esta tarde lo digo en el Círculo, y me tiran por el balcón. ¿Y usted estaba estudiando?

TOM. Por matar el tiempo, mientras viene la novia...

PEPÍN ¿Se prepara usted para Aduanas, eh?

TOM. Todos los años me preparo para alguna cosa. Pero no me presento nunca. Usted calcule: siempre son tres ó cuatro mil opositores y cuatro ó cinco plazas... ¿Y va á estar una de las cuatro ó cinco esperando á que yo llegue y la coja? ¡Eso es soñar despierto!

PEPÍN ¿Entonces para qué se prepara usted?

TOM. Si en realidad no me preparo: hago que estudio, por no disgustar á mi madre. Y me dedico á hablar con la novia. En la vida se aprende más que en los libros.

PEPÍN ¡Oh! ¡Qué peste de libros! Los libros son para los sabios. Yo, gracias á Dios, acabé ya mi carrerita, y no perderé la vista leyendo, como no sean novelas verdes. ¡Jeeeee!

TOM. ¿Qué carrera tiene usted?

PEPÍN ¡Vaya una pregunta! La de abogado. Me consiguió papá un pase de ferrocarriles, y he visto todas las universidades de España. Lo que yo le decía á papá: ¡esto sí que es una carrera! ¡Jeeeee!

TOM. Como que no se puede estudiar. Y menos cuando se acerca Mayo; que es cuando suele hacer más falta. ¡Se pone Madrid que no hay

quien coja un libro! ¡Qué cielo! ¡qué muchachas! ¿Qué tal lleva usted sus pretensiones?

PEPÍN Viento en popa á toda vela. Yo de leyes no sabré, pero de estos lances...

TOM. Donde tiene usted que venir es á la casa, por las noches. ¡Son unas tertulias deliciosas!

PEPÍN ¿Sí, eh? ¿Se juega al escondite?

TOM. Se juega, se juega. Y cuidado que la mamá se cala á lo mejor las gafas negras, y no sabe usted cuándo lo está mirando.

PEPÍN ¡Jeeeee! ¡Lo que me gustan á mí esos detalles! ¿Qué tiempo lleva usted de relaciones con Amalia?

TOM. Cinco ó seis meses. La pretendí por no estudiar; entré en relaciones con ella por no estudiar... y vengo aquí algunas mañanas y voy á su casa de noche, por no estudiar.

PEPÍN Pues yo, la verdad, amigo—confianza por confianza,—me he acercado al río por ver lo que se pesca, naturalmente. No se vaya usted á figurar que soy tan tonto como para tomarlo en serio.

TOM. Ah, pues viva usted alerta.

PEPÍN ¿Alerta?

TOM. ¿Usted no tiene noticias de esa familia?

PEPÍN Muy pocas. Sé que don Segismundo, el papá—¡qué gran tipo!—es profesor de lenguas vivas, y que las niñas son muy cursilitas, las pobres.

TOM. Pues veo que está usted en ayunas. ¡Las de Caín son famosas en todo Madrid! Mire usted: es tradicional: muchacho que entra en aquella casa, ese ya no sale soltero.

PEPÍN ¡Caramba!

TOM. Así, así. Las hermanitas eran ocho. Pues sólo en el año pasado se casaron tres.

PEPÍN ¿Y usted no tiene miedo?

TOM. Yo ninguno. Si fuera un partido, lo tendría; ¡pero si soy una calamidad! Sin dinero, sin carrera, sin ganas de estudiarla, ¿qué padre me va á querer á mí para una hija? Sobre que, en último caso, lo mismo se me da casarme que no casarme: ¡con tal de no hacer oposiciones, todo va bien!

PEPÍN ¡Ay, qué gracia!

TOM. Pero usted que es hombre de cuartos, y de posición, y de... ándese con ojo.

PEPÍN No sea usted criatura, Tomás. Bueno, como usted apenas me conoce, no sabe la clase de punto que soy yo. Pregúntelés usted á los camareros de la Bombilla. ¿Qué apostamos á que hoy me declaro á la niña esa... y el mes que viene ya he pasado del primer capítulo?

TOM. Usted allá.

Se presenta por la derecha del foro, paseando reposadamente, el Tio Cayetano. Es un señor omnipotente que está hueco. A un pájaro que mire en la rama, es para brindarle protección. Viste bien, pero á gusto del sastre. A pocos pasos lo sigue un Lacayo, con un gabán de entretiempo al brazo.

TÍO CAY. Reparando en Tomás. ¡Oiga! ¡Qué encuentro más inesperado! ¡Tomasillo!

TOM. Acercándosele. ¡Señor don Cayetano! ¿Cómo está usted?

TÍO CAY. Bien, ¿y tú, perillán?

TOM. ¡Se vive! ¿A dar un paseíto, no?

TÍO CAY. Y á tomar mi vaso de leche. Yo, desde que entra Abril, ya se sabe: como se me ocurra pasear alguna mañana, no perdono mi vaso de leche. ¿Y tú?

TOM. Esperando á la novia.

TÍO CAY. Me lo había figurado. Yo también he tenido tu edad.

TOM. Suele venir toda la familia algunas mañanas, y nos apropiamos esta glorieta, que está muy agradable.

TÍO CAY. Eso iba yo á decirte: que está muy agradable esta glorieta. Luego volveré yo por aquí á saludar á los parientes. A Pepín. ¿Usted es hijo de mi amigo Manolo Rebolledo?

PEPÍN No, señor; no tengo ese gusto.

TÍO CAY. ¡Pues se le parece usted muchísimo!

TOM. Creí que se conocerían ustedes. Presentándolos. Don Cayetano de la Banda. Pepín Castrolejo, como se le llama en todas partes.

TÍO CAY. ¡Ah! ¡Castrolejo! ¿Es usted hijo de mi amigo Pepe Castrolejo?

PEPÍN Servidor de usted.

TÍO CAY. ¡Pues también se le parece usted muchísimo! Dándole la mano. Puede usted mandarme como quiera. Y tú, Tomasillo, á ver cuándo me pides un favor, que me eres muy simpático.

TOM. Gracias.

TÍO CAY. ¿Gustan ustedes de tomar conmigo mi vaso de leche?

PEPÍN Gracias.

TOM. Muchas gracias.

TÍO CAY. Mandar. Se va por la izquierda seguido del pobre Lacayo

PEPÍN ¿Quién es este pavo real, compañero?

TOM. Supuse que se lo sabría usted de memoria. Este es el famoso tío Cayetano.

PEPÍN ¡Ah!

TOM. ¿No le ha oído usted nunca á doña Elvira hablar del corazón del tío Cayetano?

PEPÍN Sí, hombre, sí.

TOM. Pues ahí lo tiene usted.

PEPÍN ¡Qué bombos le da doña Elvira á toda la familia! ¡Jeeeee!

TOM. Ah, sí. ¡Y qué besos! Este fantasmón es hermano de una cuñada de ella, y hombre influyente; tan influyente como rico. Fué ministro un cuarto de hora. Tomándose medida del uniforme le sorprendió la crisis.

PEPÍN ¡Jeeeee!

TOM. Le engorda, como habrá usted notado, proteger al prójimo, y para las sobrinas es una verdadera lotería. La historia de todos los solterones. Siempre que usted les vea trapitos nuevos ó alguna alhajilla, atribúyaselos al tío Cayetano. Porque las lecciones de idiomas de don Segismundo, y las traducciones de novelas, no dan para ciertos perfiles.

PEPÍN Allí vienen. Las cinco hermanas, el papá y la mamá.

TOM. Sus futuros suegros de usted.

PEPÍN ¡Un demonio! ¡La trampa en que haya de caer yo no se ha fabricado todavía! ¡Jeeeee!

TOM. ¿Vamos á salirles al encuentro?

PEPÍN Vamos.

Se van por la derecha. El Guarda aparece en dirección á la izquierda y se cruza con ellos. Viene liando un cigarrillo.

GUAR. ¡La pacencia que es menester pa ser guarda de un paseo público! Cuando no son niñeras son amas, y cuando no son amas son estitutrices. Pero, ¡anda! que to se pué pasar bien menos los edilios. ¡Los edilios me atacan la bilis! Y esta que viene aquí es la familia de los edilios. ¡Pacencia! Haber nacío estatua, que esas lo ven to tranquilamente.

Se marcha por el foro, volviendo la cara hacia la derecha.

Llega, en efecto, la anunciada familia de los «edilios»: don Segismundo Caín y de la Muela, doña Elvira Morcajo de Caín y sus bellas hijas Rosalía, Marucha, Estrella, Amalia y Fifí. Las cinco visten sombreros y trajes de la misma forma. Rosalía y Marucha de un color y las otras de otro. Todo ello cuidadito y pulcro: sin pretensiones: nada cursi. La mamá, que frisa con los cuarenta y cinco años, se retoca y acicala todo lo que puede, dentro de su modestia. Aunque ha tenido ya ocho hijas, se conserva tan tiesa y firme que bien pudiera tener otras ocho. El señor Caín pasa de los cincuenta. Su rostro es bonachón y dulce: más bien que de Caín parece de Abel. Usa chaqué, hongo de copa plana, botines y unos pantalones bien anchos. En la mano izquierda trae un libro y varios periódicos, y en la diestra un bastón, regalo del Tío Cayetano. Tomás vuelve de palique con Amalia y Pepín Castrolejo con Estrella. Estos últimos ríen más que hablan Los unos se sientan á poco en el banco de la derecha y los otros en el de la izquierda. Don Segismundo y doña Elvira en el del foro.

ROS. Como buscando á alguien. ¿Pero se ha escondido ese tonto?

TOM. ¿Quién?

ROS. Alfredo.

TOM. ¿No le he dicho á usted que no ha venido aún? ¿Piensa usted que es broma?

MAR. En un tono mimosito, lleno de malicia y coquetería, que es característico en ella. La tiene tan mal acostumbrada...

D. SEG. Recreándose en las enamoradas parejas. ¡Ay, ay, ay!

Au corps sous la tombe enfermé
que reste-t-il? D'avoir aimé
pendant deux ou trois mois de mai.

¿No te parece, Elvira?

D.ª ELV. No te he entendido, Segismundo.

TOM. Ni yo tampoco. ¿Es latín?

D. SEG. Siempre lisonjero con el prójimo que le conviene. ¡Ja, ja! ¡Donosa pregunta! ¡Latín! Traduciendo. «¿Qué le queda al cuerpo en la tumba? Haber amado durante dos ó tres primaveras.» ¿Es oportuna la cita, si ó no?

PEPÍN ¡Extraordinariamente oportuna!

TOM. ¡Ya lo creo que lo es!

EST. Salvo lo de la tumba, papá; que no viene á nada.

ROS. Impaciente. ¿Pero y Alfredo? ¿Qué le habrá sucedido á Alfredo?

D.ª ELV. Mujer, ya sabes que no falta jamás. Alguna razón habrá tenido el chico para retrasarse.

D. SEG. Poderosa habrá sido seguramente; porque á Alfredo lo comparo yo con Amadís de Gaula. Se dedica á leer sus periódicos.

MAR. Anda tú, Rosalía; no pienses más en Alfredo; ya vendrá Alfredo. Vamos á dar un paseíto hasta la Fuente. No me digas que no.

ROS. ¡Vamos hasta la Fuente! Y si llega Alfredo mientras tanto que me aguarde. ¿No lo estoy esperando yo á él?

MAR. ¿Vienes con nosotras, Fifí?

FIFÍ Sollozando y acompañando su negativa con movimientos de cabeza. No... que no voy...

MAR. ¿Por qué?

FIFÍ Porque... no... no voy...

ROS. Pero ¿qué te pasa, Fifí?

FIFÍ Que antes... antes... me dijo Marucha... que no me quería...

MAR. ¡Pero te lo dije de broma!

ROS. ¡Pues claro! No seas tonta, Fifí.

MAR. Acompáñanos, y por el camino te diré que te quiero más que á ninguna.

FIFÍ Entonces... vamos.

ROS. Vamos, vamos.

D.ª ELV. No os alejeis mucho. Hasta la Fuente nada más.

TOM. Levantándose un momento del lado de su novia. Ah, Maruchita.

MAR. ¿Qué?

TOM. El abanico que había usted perdido.

MAR. ¿Pareció?

TOM. El guarda lo tenía. Me he estado abanicando con él y me ha contado dos ó tres secretillos.

MAR. ¿Míos?

TOM. De usted. Y que pican que rabian.

MAR. ¡Ay, qué malo es usted, Tomás! Amalia, tu novio es muy malo; me está diciendo cosas malas. Dile que no me diga cosas malas.

AMAL. ¿Qué te ha dicho?

TOM. La verdad: que su abanico me ha contado unos cuantos secretos terribles.

AMAL. ¡Pues sí que hay para mandarte á presidio!

MAR. Es muy malo, muy malo. Ten cuidado con él, que es muy malo.

ROS. Y tú eres tan tonta como Fifí. Deja en paz á esos y vente. A Fifí. ¡Anima tú esa cara, chiquilla! ¡Jesús qué pavisosa! ¿A que no me alcanzais? Echa á correr y se va por la izquierda.

MAR. ¿A que sí? Corre tras ella vivamente.

FIFÍ Afligidísima. ¡Papá... papá!... ¡que me dejan sola!

D. SEG. Pues, hija, corre; que tú estás en la edad más que ellas.

D.ª ELV. ¡Pobrecita mía! Ven acá, Fifí, ven acá. Ven que te abroche este automático de la falda. Lo hace. Y ahora dame un beso. La besa con gran efusión, como siempre que besa esta señora. Ea, corre con tus hermanas. Fifí se va sin alterarse grandemente. ¡Angel mío! ¡Qué corpachón ha echado! ¡Y qué monísima está! ¡qué mona! ¿Verdad, Segis?

D. SEG. Muy mona, muy mona.

D.ª ELV. ¡Y tan inocentita como se conserva! Saca las gafas negras de que Tomás ha hablado, y se las cala, por si las novias y los novios no son ya tan inocentes como Fifí. ¡Jesús! ¡Cómo me molesta el resol!

D. SEG. Elvira, tienes que cuidarte esos ojos, que me trastornaron un tiempo.

D.ª ELV. ¡Ay!... ¡Qué tiempo, Mundo!

D. SEG. No evoques...

TOM. Bajo, á Amalia. Ya se caló tu mamá las gafas negras, y ya estoy yo nervioso.

AMAL. Simple, si se las pone para ver menos.

TOM. Sí, sí.

AMAL. Pero qué poco galante eres.

TOM. ¿Por qué?

AMAL. Porque traigo el peinado que á tí te gusta y no me has dicho una palabra.

TOM. ¡Es verdad! Perdóname.

AMAL. ¿Me está bien?

TOM. ¡Te está para comerte!

AMAL. ¿Y las uñas? Míralas: parecen espejos. Puedes verte en ellas.

TOM. ¡Como que dan ganas de comerse los deditos con chocolate!

AMAL. Chico, qué hambre tienes.

TOM. En cuanto te veo se me despierta.

AMAL. Pues mucho cuidado con las gafas negras de mamá.

Atraviesa el Guarda de izquierda á derecha, mirando con indignación contenida á los tres grupos.

PEPÍN Vamos á ver: ¿cuál es el *colmo* de la dicha de un pretendiente?

EST. Con vehemencia y cierta afectación nerviosa de que hace siempre gala. Ay, por Dios, Pepín, cállese usted ya. Es usted incansable. ¿Cómo ha dicho usted?

PEPÍN El *colmo* de la dicha de un pretendiente.

EST. No caigo: soy muy torpe.

PEPÍN Pues que le dé su pretendida un *sí*... con colmo. ¡Jeeeee! Se ríe según costumbre, y ella lo secunda como si en efecto hubiera dicho una gracia.

EST. ¡Jesús, qué diablo de hombre! ¡Qué cosas idea! Estoy ya mala de reir. Y yo me temo: cuando me pongo á reir así, me temo. En el teatro, como lo que den sea de risa, llamo la atención. Me temo; me temo. Soy tan nerviósa, ¿sabe usted?... que no sé contenerme. Me temo.

PEPÍN Dichoso yo, que le he caído á usted tan en gracia.

EST. Sí por cierto; me es usted muy simpático.

PEPÍN Todo se pega, ¿no?

EST. Y le advierto á usted que traía poquísimas ganas de risa. Si no es porque usted me esperaba no vengo hoy.

PEPÍN ¿Y eso?

EST. He pasado una noche muy mala.

PEPÍN Pues que sea enhorabuena.

EST. ¿Enhorabuena?

PEPÍN Si la noche era *mala*, y la ha *pasado* usted... ¡Ojalá me ocurriera á mí lo mismo con un duro que nadie me toma! ¡Jeeeee!

Vuelta á la risa escandalosa de ambos.

EST. Levantándose de pura admiración. ¡Es usted de lo que no hay! ¡Papá, papá: le digo á Pepín que he pasado muy mala noche, y me felicita porque era mala y la he pasado! ¡Como si fuera una moneda! ¡Ja, ja, ja!

D. SEG. Dándose con los dedos de una mano en el dorso de la otra, en son de aplauso. ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley. ¡Mucho; mucho!

D.ª ELV. Esta Estrella, Pepín—¡hija de mi vida!—se vuelve loca con las ocurrencias de usted. Como es usted tan ingenioso...

PEPÍN No... por Dios... Es que son ustedes muy amables conmigo. A Estrella, que ha vuelto á sentarse. ¿Y se puede saber por qué ha pasado usted tan mala noche? Sin chistes, ahora.

EST. Psche... Ha habido de todo... ¡Unos sueños!... ¡unas pesadillas!... Y mucho desvelo. Y yo me temo cuando me desvelo; me temo. Porque es un desate de la imaginación y de todo el sistema nervioso... que ya le digo á usted: me temo; me temo. ¿Usted duerme bien?

PEPÍN Siempre. Y desde que tengo el gusto de tratarla á usted, mejor todavía.

EST. ¿Sí? ¿Por qué?

PEPÍN Porque *da usted el opio* ¡Jeeeee! Nuevas risas.

EST. ¡Ay, pero por María Santísima, pero qué hombre, pero qué ingenio, pero qué torrente... pero qué cosa!

PEPÍN Se conoce que me inspira usted: que es usted mi musa.

EST. Usted tendrá la misma chispa con todas. ¿Ha estado usted alguna vez enamorado?

PEPÍN ¿Enamorado? Infinitas veces. Unas más graves que otras, pero infinitas veces. Cosa de atarme, sólo una.

EST. Cosa de atarlo, dice...

PEPÍN ¿Y usted, ha querido á alguien en este mundo?

EST. ¡Ni lo permita Dios, Pepín! No me hable usted de amores. Me temo; me temo enamorada. Soy una mujer que tiene un corazón tan ardiente, y que quiere de un modo, Pepín, que me temo; me temo.

PEPÍN Pues... de amores deseaba yo hablar con usted hoy mismito.

EST. Mire usted que me temo, Pepín; que me temo.

PEPÍN Mejor. ¿Y á mí me teme usted?

EST. A usted, no: es usted un buen amigo mío...

PEPÍN ¿Y si aspirara á ser algo más?

EST. Que me temo, Pepín; que me temo.

PEPÍN ¡Encantado yo con esos temores! Bien claro me indican que ese corazoncito volcánico... tiene alguna lava para mí.

EST. Pepín, por Dios, que he pasado muy mala noche... que estoy muy nerviosa... No siga usted por ese camino... yo se lo ruego á usted. Otro día... mañana, si usted gusta, hablaremos del particular... Hoy me temo; me temo. ¿Quiere usted que vayamos dando un paseo hasta donde están mis hermanas?

PEPÍN ¡Y hasta el fin del mundo!...

EST. ¡Pepín!... ¡Pepín!...

PEPÍN Escuche usted: ¿en qué se parece el corazón de una mujer á un impermeable?

EST. ¡Jesús, qué salida! No está mi ánimo para acertijos ahora. A Amalia y á Tomás ¿Estiramos un poco las piernas?

AMAL. Las estiraremos.

TOM. Admirable proposición.

D.ª ELV. Hasta la Fuente nada más, ¿eh? que yo no los pierda de vista.

PEPÍN Descuide usted, señora. Aquí no hay ninguno tan listo que se pierda de vista. ¡Jeeeee! Risas generales.

D. SEG. Aplaudiendo. ¡Mucho; mucho! De muy buena ley.

Se van por la izquierda las dos parejas. Doña Elvira se quita las gafas y se levanta á verlas marchar. Luego se acerca á su marido y le pregunta:

D.ª ELV. ¿Te satisface este Castrolejo para nuestra hija?

D. SEG. ¿Cómo no? ¿Crees tú que de no ser así le reiría yo esos chistes? Se levanta y pasea unos momentos del brazo de doña Elvira.

D.ª ELV. Me has convencido, Mundo: como siempre.

D. SEG. ¿Se te ocurre á tí algún reparo?

D.ª ELV. ¿Qué podré yo ver que tú no veas? Sin embargo, mi instinto de madre recela un poco de la formalidad de ese joven. Como su posición es muy superior á la nuestra, y estos ricos creen que el dinero todo lo allana... ¿Tú qué dices?

D. SEG. Que el instinto de madre no se engaña nunca. Estoy al cabo de la calle. Pepín, ciertamente, es algo calaverilla, algo ligero... Pero también es algo tonto. Esto me lo dice á mí mi instinto de padre. Encuentro yo que es el marido justo para una mujer tan avispada como Estrella. El matrimonio es equilibrio... Que siembre, que siembre... Por todas partes se va á Roma... Que siembre...

D.ª ELV. Mundo, Mundo, ¡qué talento te ha dado Dios! Y á mí ¡qué gran fortuna, con hacerte el padre de mis hijas, siendo yo una mujer vulgar y adocenada!

D. SEG. En nuestras hijas estriba todo mi talento. Con ocho hijas no hay modo alguno de ser torpe. ¿Quién era yo, cuando tuve la dicha de hallarte?

D.ª ELV. La dicha fué la mía, Segis.

D. SEG. De entrambos. Yo no era más que un humilde profesor de lenguas vivas. Pero me encontré en siete años con ocho lenguas vivas más, que empezaron á pedirme medias, y zapatos, y moños, y sombreros... ¡Hasta entonces no supe bien lo que eran lenguas vivas! Convéncete, esposa: se le aguza el ingenio á una puerta.

D.ª ELV. ¡Ay! Dios nos dé salud para ver á estas cinco palomas tan bien casadas como á las tres mayores.

D. SEG. Y aun mejor. En eso tengo gran confianza. Se me figura que le hemos cogido el tranquillo á esto de las bodas.

D.ª ELV. La de Tomás creo que va para largo. Es muy simpático, muy bueno; pero no tiene oficio ni beneficio, ni pariente ni *ambiente*.

D. SEG. Habiente has de decir, Elvira.

D.ª ELV. ¿Habiente? ¡Qué mal me suena eso!

D. SEG. Pues así es.—Con Tomás me hago yo ilusiones, acaricio proyectos futuros... Ya saldrá, ya saldrá... Hay madera en él, hay un corazón; hay un hombre... Sin voluntad, sin rumbo todavía... que va donde lo lleva el viento... Pero el viento soy yo, ¿comprendes? Tomasito no necesita más que un par de lenguas vivas que le pidan pan por las mañanas, y se hará un mozo de provecho. Al tiempo, Elvira... Ya saldrá, ya saldrá...

D.ª ELV. Dime: ¿qué has hablado anoche con Rosalía, tocante á Alfredo?

D. SEG. ¡Ah! Algo muy profundo, y de gran trascendencia.

D.ª ELV. ¿Sí?

D. SEG. Tal creo. Si me equivoco, rectificaré. Rectificar es de discretos y de sabios equivocarse. Alfredo adora en Rosalía...

D.ª ELV. Y es natural que adore; porque Rosalía es tan buena, tan inteligente, tan guapa, tan graciosa, tan zalamera, tan viva de genio...

D. SEG. Atajando el párrafo Extracta, porque la conozco. Pues bien: Alfredo habla ya de preparativos de boda; y esto, que desde su punto de vista es muy natural, á mí se me antoja prematuro.

D.ª ELV. ¿Prematuro que se case una hija nuestra? Es la primera vez. Me asombras, Mundo.

D. SEG. Te tranquilizaré en seguida. El amor de Alfredo á nuestra hija es grande, es intenso: de ese que no se borra fácilmente. El amor es siempre una fuerza; y como todo es poco para casar á cinco hijas, sobre todo después de haber casado á tres, yo pienso aprovechar la fuerza de ese amor, como aprovecha un ingeniero un salto de agua.

D.ª ELV. ¡Y todavía me permito yo hacerte observaciones!

D. SEG. Ya saldrá, ya saldrá... Se casarán Amalia, Estrella y Rosalía, y ya vendrán mientras los que hayan de ser compañeros en esta vida de Maruchita y de Fifí.

D.ª ELV. ¡Afortunados mortales! ¡Porque mira que Marucha es tan dulce, tan celestial, tan cariñosa!... Yo las quiero á todas igual—¡entrañas mías!—pero Marucha tiene un encanto, un modo de expresarse, un mimo...

D. SEG. La conozco también.

D.ª ELV. ¡Y Fifí...!

D. SEG. Fifí, la pobrecita, es una castaña.

D.ª ELV. ¿Qué dices, Segis?

D. SEG. Que es una castaña. Si algún talento tengo yo, es el de ver las cosas á su luz verdadera. Ni el ser padre me pone una venda en los ojos. Fifí ha nacido tonta de capirote.

D.ª ELV. No la trates con esa dureza.

D. SEG. ¿Qué hablas de dureza? Por lo mismo que tiene esa desgracia la quiero más. Pero reconócelo: es tonta. Se le encoge el corazón y llora sin motivo alguno. Y ya la oyes tú por las noches: «¡Papá, que veo al demonio!» «¡Papá, que me tiran de los pies!» «¡Papá, que la sombra del sombrero me parece un bicho!» Rara es la noche que no le pide á una de sus hermanas que se la lleve á dormir con ella.

D.ª ELV. ¡Tiene diez y seis años!

D. SEG. A esa edad te casaste tú, y nunca se te ocurrió pedirme nada por el estilo.

D.ª ELV. Es verdad.

D. SEG. Pero no te apures: tonta y todo, la casaremos. La mujer debe marchar en la vida al lado de un hombre. Lo demás es contrario á naturaleza.—Te voy á convidar á barquillos. Llamando á un Barquillero que, momentos antes, sale por el primer término de la derecha y cruza hacia el foro. ¡Barquillero!

BARQ. Acercándose al grupo. ¡Hola!

D. SEG. Vamos á ver si tengo buena mano. Toma. Le da una moneda de diez céntimos.

BARQ. Puede usté tirar cuatro veces.

Don Segismundo juega.

D. SEG. ¡El uno! ¡También es desgracia!

BARQ. Uno.

D. SEG. El cuatro.

BARQ. Y cuatro, cinco

D. SEG. ¿El uno otra vez?

BARQ. Y uno, seis.

D. SEG. ¡Huy, que creí que pescaba el treinta!

BARQ. Y dos, ocho.

D. SEG. Juega tú otra perrilla, Elvira, á ver si tienes mejor suerte. Se la da al Barquillero. Toma.

D.ª ELV. Vamos á ver. Jugando. El quince.

D. SEG. ¡Digo!

BARQ. Y ocho del señor, veintitrés.

D. SEG. ¡Anda morena!

D.ª ELV. ¡El ocho!

BARQ. Y veintitrés, treinta y uno.

D. SEG. Sigue, sigue.

D.ª ELV. ¡El quince otra vez!

BARQ. Y treinta y uno, cuarenta y seis.

D. SEG. ¡Atiza!

BARQ. Y treinta, setenta y seis.

D.ª ELV. ¡El treinta!

D. SEG. ¡Buen tino! ¿eh?

BARQ. ¡Vaya una tiraíta! Se pone á contar los barquillos

D.ª ELV. ¿Ves cómo tengo más fortuna que tú, Segis?

D. SEG. En los barquillos, Elvira, en los barquillos.

Sale Alfredo por la derecha. Viene muy alegre.

ALF. ¡Buenos días! ¿Se juega á los barquillos, eh?

D. SEG. Adelantándose á recibirlo. ¡Queridísimo Alfredo de mi alma!

D.ª ELV. Por pasar el rato.

ALF. ¿Y las chicas?

D. SEG. Míralas allí.

ALF. Es verdad; que están en la Fuente. Ya me vió Rosalía.

BARQ. Dándole á doña Elvira dos banderillas de barquillos y otras dos á don Segismundo. Tenga usté, señora. Tenga usté, señor. Pa todos hay.

D.ª ELV. Otro día escaparás mejor, hombre.

BARQ. ¿Viene usté por aquí toas las mañanas?

D. SEG. ¡Ja, ja! ¡Es que Elvira, como ves, le ha vaciado el bombo!

BARQ. Marchándose. De salú sirvan. ¡Barquillero! ¡Barquillos! ¡De canela!

D.ª ELV. ¿Gustas, Alfredo?

ALF. Muchas gracias.

D. SEG. Pues vamos allá, á que nos ayude aquella gente.

D.ª ELV. Vamos, sí. Aquí se acerca Rosalía.

D. SEG. A vosotros se os puede dejar solos. Y aun se os debe.

ALF. Hasta ahora.

Don Segismundo y doña Elvira se van por la izquierda. Alfredo mira hacia allá sonriendo. Poco después aparece muy presurosa Rosalía. Alfredo es vehemente, apasionado, de expresión viva y franca. Rosalía es traviesa, zalamera, burlona. Está muy segura de sí misma y muy particularmente del efecto que le producen á su novio su frente, sus ojos, su boca... y aun su propia nariz.

ROS. Caballero, vengo extraviada. ¿Es usted forastero?

ALF. Siguiéndole el humor. No, señorita.

ROS. Pues tiene usted cara de *isidro*. ¿Me hace usted el favor de decirme entonces cómo se llama esta glorieta?

ALF. La de *los idilios* creo que le llama el guarda. ¿Por qué?

ROS. Porque hace media hora que debiera estar en ella mi novio, y por fuerza se ha confundido.

ALF. ¡Qué tonto! ¡Confundirse, esperándolo usted!

ROS. No es tonto; es pillo.

ALF. ¿Pillo?

ROS. O se lo hace. Ven acá: ¿de dónde vienes, que traes una guía para arriba y otra para abajo?

ALF. ¿Que de dónde vengo? ¿Que de dónde vengo? ¡Ay, si tú supieras de dónde vengo!

ROS. Sí que traes una carita de pascuas... Lo de siempre: en cuanto andas lejos de mí, no te cambias por nadie.

ALF. No me digas eso, Rosalía.

ROS. Pues te advierto una cosa: que si te gusta otra más que yo, tienes la puerta franca para irte. Ni me da un patatús, ni temo

cerillas, ni me pego un tiro, ni me arrojo al estanque. Al mes, otro novio: tengo los pretendientes así. Anda, anda; puedes irte si quieres. ¿No venías tan contento? Pues vete, vete allá. Donde sea, que tampoco me importa.

ALF. Rosalía, sabes que esa broma me subleva.

ROS. Si no es broma, no.

ALF. ¡Sí es broma, sí!

ROS. ¡No es broma!

ALF. ¡Sí es broma!

ROS. *Mirandolo con coquetería.* Pues sí que es broma.

ALF. ¿No ha de serlo? ¡Suponer tú que quiero á nadie, que pienso en nadie que no seas tú... tú, que eres mi vida entera!

ROS. ¿De verdad?

ALF. ¡Yo no sé hablar sino de verdad cuando hablo de esto! ¡Si te llevo en el corazón y en el pensamiento á todas horas; de noche y de día!... ¡Si vas conmigo á todas partes!

ROS. Según donde tú vayas: cuidado.

ALF. Yo no voy más que adonde puedas ir tú conmigo.

ROS. ¡Ole los santos de almanaque!

ALF. ¡Ja, ja, ja!

ROS. ¡Lo que yo quiero á mi santito! Pero vamos á sentarnos; que santo y todo tienes que explicarme tu tardanza de hoy.
¡Oh! ¡mi tardanza de hoy! ¡mi tardanza!...

ALF. Tú verás cómo me la agradeces.

Se sientan en el banco de la derecha. Pasa el Guarda en sentido contrario que antes

GUAR. (Edilios por arriba, edilios por abajo, edilios por delante, y edilios por detrás... ¿Hasta dónde estaré ya de edilios?) *Vase.*

ROS. Bueno: mírame á los ojos: ¿por qué has tardado? No lo pienses, no: vivo, vivo. Habla: ¿por qué has tardado?

ALF. *Sonriendo, y dándole gran importancia á la revelación.* ¡Porque he estado en una tienda de muebles!

ROS. ¿A qué?

ALF. A buscar una cosa.

ROS. Pues, chico, hacerme esperar por una mujer,

ya es grave; pero ¡hacerme esperar por un mueble!...

ALF. No es uno sólo: son varios. Dos camas muy lindas, un lavabo, un armario de luna, dos mesas de noche, cuatro sillitas, dos butacas...

ROS. ¿Estás loco, Alfredo?

ALF. ¡Loco estoy! ¡Por tí! ¡Y no quiero que me pongas cuerdo: quiero seguir loco; eternamente loco y á tu lado! Verás lo que ocurre. Anoche, al volver á casa, me encontré una carta de papá. La aguardaba con impaciencia. Es contestación definitiva y categórica á dos ó tres mías sobre lo mismo. ¿No ves? ¿No ves cómo tiemblo de gozo? ¡Te abrazaría de mejor gana que lo estoy diciendo!

ROS. ¡Pues ya iba á ser abrazo! ¡Porque los ojos te echan chiribitas!

ALF. Bueno: mi padre me dice que, en efecto, él está ya cansado de visitar enfermos y de poner recetas; que su titular y sus visitas serán para mí; que en el pueblo se me recibirá con gran simpatía... y que no hay más que hablar: que me case, en vista de que no tengo remedio, y que me vaya allá con mi mujercita, cuanto antes mejor. ¿Qué te parece?

ROS. ¿Es muy grande el cementerio de ese pueblo?

ALF. ¿A qué viene eso ahora?

ROS. Porque todo va á ser poco cuando tú empieces á recetar.

ALF. ¡Déjate de chirigotas, Rosalía! *Observando que se ha quedado pensativa de pronto.* Pero ¿qué te ocurre? ¿Qué cara es esa? ¿No te alegras con lo que te he dicho?

ROS. ¿No he de alegrarme, tonto, si veo lo que me quieres, si te quiero yo más aún... y ese es tu porvenir y el mío?

ALF. Entonces no comprendo...

ROS. Alfredo, ¿tu cariño no es cosa pasajera, verdad? ¿Es de toda la vida, verdad?

ALF. ¿Y tú me lo preguntas?

ROS. ¿Tú por nada ni por nadie dejarás de quererme?

ALF. Pero ¡qué simpleza! Rosalía, me alarman tus palabras. ¿Por qué no has estallado de alegría como yo, al oir lo que á mí me ha quitado el sueño esta noche?

ROS. Con gravedad; retardando un poco la respuesta. Porque yo, Alfredo, no puedo casarme por ahora.

ALF. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién lo impide?

ROS. Nadie.

ALF. ¿Nadie?

ROS Nadie más que yo.

ALF. ¿Tú, muchacha? ¿Estás en tu juicio?

ROS. Yo misma, yo. Yo, que he resuelto hace tiempo no dejar á mis padres hasta que se casen mis hermanas.

ALF. ¿Tus hermanas?

ROS. Sí.

ALF. ¿Las cuatro?

ROS. Las cuatro.

ALF. ¡Ave María Purísima! ¡Qué disparate!

ROS. Lo será para tí.

ALF. Levantándose descompuesto. ¡Y para cualquiera que discurra serenamente! ¿Quieres decirme qué... qué...?

ROS. ¿Qué?

ALF. ¿Qué origen, qué fundamento, qué *meollo* tiene esa resolución que has tomado?

ROS. Debieras comprenderlo sin decírtelo yo. A tí te consta que en mi casa soy poco menos que indispensable. No sólo le ayudo á mi padre en sus trabajos, que cada día lo rinden más y lo fatigan, sino que cuido de mis hermanas: que cuido de ellas en todos sentidos; tú lo sabes.

ALF. ¡Ah, pues que...!

ROS. ¿Qué?

ALF. Nada: iba á decir una tontería.

ROS. Mejor es que te la hayas callado.

ALF. ¡No extrañes que desafine, Rosalía, porque todo lo podía yo esperar menos esa pitada! ¿Tú has meditado bien lo que es en Madrid casar á cuatro niñas?

ROS. Nos iremos á Filipinas, si te parece.

ALF. ¿Tú no consideras todo lo que hay que esperar para eso?

ROS. Pues esperamos.

ALF. ¡Eso es: esperamos! ¿Y si no se casan?

ROS. Sí se casan.

ALF. ¿Y si no se casan?

ROS. Si no se casaran, ya veríamos. Por ahora hay que esperar.

ALF. ¡Ah, no, no! ¡Esto no puede tolerarse, Rosalía! Yo hablaré con tu padre...

ROS. Habla con quien quieras. ¡Bonito modo de alborotarse tiene el niño! ¡Vaya un cariño el tuyo! Al fin y al cabo, hombre. Tan egoísta como todos. En cuanto se os contraría en lo más mínimo, os poneis por las nubes.

ALF. ¿Cómo en lo más mínimo? ¿Pero á qué le llamas tú lo más mínimo? ¡A un hombre que está rabiando por casarse, le pides que se siente á la puerta, á ver si pasan novios para tus hermanas! ¡Rosalía, esto tiene todo el carácter de una burla!

ROS. Pues no lo es. Y á mí no me chilles: que lo que me sobran á mí son despachaderas para darte á tí pasaporte. Pero volando, ¿eh?

ALF. ¡Rosalía!...

ROS. Nada, nada: aunque se te salgan los ojos del cráneo, no me caso mientras no se casen mis hermanas. Y si me apuras mucho, hasta que enviude una de ellas.

ALF. Va á contestarle destempladamente y se reprime Me voy: me voy... por no tener un disgusto serio.

ROS. Lo tendrías tú: yo me quedo tan fresca.

ALF. Cortando por lo sano. Hasta luego... si voy á tu casa.

ROS. Allá tú.

ALF. Ah, ¿allá tú?

ROS. ¡Claro!

ALF. ¡Vaya! ¡Te has propuesto darme la mañanita! Echa á andar hacia el foro, á tiempo que por la izquierda vuelve don Segismundo y se encara con él.

D. SEG. ¿Qué es eso? ¿Adónde vas así? ¿Qué pasa?

ALF. Alteradísimo. ¡Pasa... pasa... pasa que esto no puede ser!

D. SEG. Con gran complacencia. No puede ser.

ALF. ¡Lo defienda quien lo defienda, no puede ser!

D. SEG. No puede ser.

ALF. ¿Pero usted sabe de lo que se trata, señor?

D. SEG. No; pero cuando tú, que eres tan sentadito, me dices que no puede ser...

ALF. ¡Bah! ¡bah! ¡A la noche hablaremos! ¡Abur!

Se va por la derecha como alma que lleva el diablo. Rosalía lo ve irse sonriendo. Caín en actitud seráfica.

D. SEG. ¿Le doraste la píldora?

ROS. Se la ha tragado sin dorar. Yo sé cómo hago las cosas con este. Me quiere mucho.

D. SEG. ¡Cuánto te agradezco, hija mía, el sacrificio á que te prestas en bien de tus hermanas!...

ROS. ¿Sacrificio? Ninguno. Pero si lo fuera también lo haría. Alfredo volverá á pedirme perdón antes de diez minutos. Nuestro reinado es este: de novias. ¿Y qué me importa á mí seguir de reina algún tiempo más? Hasta que tú quieras, papaíto.

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Corre tu sangre por mis venas... ¡Al revés!

ROS. Bueno: y ya que lo he hecho, ¿me quieres descubrir la idea que te llevas?

D. SEG. ¡Ja, ja! Curiosilla... Si te la descubriera, sabrías tú tanto como yo. Y tú tienes los cabellos negros y los míos principian á blanquear... Sobre que tal vez no me comprendieses... Ya saldrá, ya saldrá... Lo que me encanta es esta sumisión, esta unión de todos nosotros ante la perspectiva del bien de alguno... No cabe duda; somos una familia ejemplar. Volviéndose hacia la izquierda. ¡Y mira quién llega con las chicas!

Sale el Tío Cayetano pavoneándose. De un brazo trae á Marucha y del otro á Fifí. El Lacayo lo sigue impasible, como siempre.

ROS. ¡Ah! ¡Tío Cayetano! ¡Dichosos los ojos! ¿Cómo usted por estas soledades?

TÍO CAY. A dar un paseo... y á tomar mi vaso de leche. Yo, ya se sabe: en cuanto llega la primavera, mi vaso de leche por las mañanas no hay quien me lo quite.

D. SEG Muy sano, muy sano...

ROS. ¿Ha visto usted qué bonitos han quedado los trajes?

TÍO CAY. Ya, ya he hablado yo de eso con Marucha.

MAR. ¿Y sabes lo que dice? Mira si será malo: dice..

TÍO CAY. Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. Se me ha ocurrido eso.

Se ríen todos de la agudeza indudable y él engorda un milímetro momentáneamente.

ROS. ¡Las perchas! ¡Tiene gracia!

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley: de buena ley.

TÍO CAY. ¿Eh, Segismundo? Digo yo que los bonitos no son los trajes, sino las perchas. ¿Eh? ¡Las perchas! Se ríe prolongando su éxito.

MAR. Pero, Rosalía, ¿tú qué haces que no felicitas al tío Cayetano?

ROS. ¿Cómo?

MAR. Dale la enhorabuena: está de enhorabuena. ¿Sabes? Le han dado otra cruz.

D. SEG. Sí, mujer; pero ¿en qué estás pensando? ¡Si acabo de decírtelo yo!

ROS. ¡Es verdad! ¡Si papá vino á eso! Sólo que con esta risa de las perchas y de los trajes... ¡Pues que sea enhorabuena, tío Cayetano! ¡Muy enhorabuena!

TÍO CAY. ¡Bah! Es de lo menos importante que tengo...

ROS. ¿Qué cruz es?

TÍO CAY. La cruz del Mérito Urbano de primera clase. Como he adoquinado un trozo de mi calle de mi bolsillo particular... se ha empeñado el ministro... Pero no tiene más que usía. Eso sí: la cruz es muy vistosa. El día del Corpus me la pondré para que me la vean.

D. SEG. ¡Ay, ay, ay! ¿Qué cruz habrá que tú no merezcas, Cayetano?

MAR. Dices bien, papá: se las merece todas, porque es buenísimo. Y los demás hombres son muy malos. Y él nos quiere mucho. Y al que no nos quiera á nosotros que no le den cruces. ¿Verdad, tío Cayetano?

TÍO CAY. ¡Qué mocosilla esta!... Hombre, Segis, á Fifí es á la que encuentro yo paliducha. Fifí principia á arrugar la cara, próxima al sollozo. ¿Qué le sucede? ¿Ha dejado de tomar aquel tónico que yo le mandé?

ROS. No hablen ustedes de Fifí que vamos á tener llantina. Miren ya qué cara está poniendo.

TÍO CAY. ¿Cómo se entiende? ¡Delante del tío Cayetano no se llora!

D. SEG. No extrañes que ande así. Su edad es muy crítica... Va de crisálida á mariposa. Está en el tránsito de niña á mujer.

ROS. Pues ninguna de nosotras se ha puesto tan tonta en ese tránsito.

FIFÍ Con el corazón encogido. Mejor... mejor...

TÍO CAY. Nada, si sigue así, este verano hay que pasar un mes en el campo: ¡al aire libre! ¡No hay más remedio! ¡Lo dispongo yo! ¿Eh, Fifí? ¡Yo!

D. SEG. Cayetano...

ROS. Tío Cayetano...

TÍO CAY. ¡Sierra! ¡mucha sierra! ¡Repito que lo dispongo yo! Nada de mar, ¿eh? ¡Pinos! ¡muchos pinos! Ya están de acuerdo todos los médicos en que el mar va resultando algo húmedo. Yo lo he leído en una revista portuguesa. Y es muy aburrido, además, como no pasen barcos.

MAR. Tío Cayetano, tiene usted que hacernos alguna perrada un día para que vea lo que le queremos.

TÍO CAY. ¡Ja, ja, ja! ¿Tú has oído?

D. SEG. Tiene razón Marucha: no te cansas de ser generoso... y pudieras creer...

TÍO CAY. ¡Bah, bah, bah! Doblemos la hoja. Me voy á mi coche.

MAR. ¿Se va usted ya á su coche?

TÍO CAY. Sí. Ya he digerido mi vaso de leche.

ROS. Pues lo acompañaremos al coche, ¿no?

MAR. Sí, sí; vamos á acompañarlo.

TÍO CAY. Como querais.

D. SEG. Yo me quedo, ¿eh? no venga su madre con las otras...

TÍO CAY. Sí, hombre, sí. Adiós.

D. SEG. Enternecido por la gratitud. ¡Adiós, Cayetano: no te digo nada!

TÍO CAY. Adiós. Se va por la derecha con las tres muchachas, inflado como un globo.

ROS. Oiga usted, tío Cayetano, ¿cuándo le veremos á usted esa cruz?

MAR. Tío Cayetano, ¿sabe usted lo que dice Fifí?

FIFÍ ¡A ver si te callas!

ROS. Tío Cayetano...

MAR. Tío Cayetano...

Desaparecen. Caín contempla la escena, y de cuando en cuando saluda con la mano sonriendo.

D. SEG. ¡Bien haya ese hombre, para quien toda nuestra gratitud es escasa! ¡Mis hijas son suyas!... Vamos, como á suyas las quiere.

Por la derecha del foro vuelve Alfredo, cogido del brazo de Marín, que se resiste un poco. Este Marín es un muchacho de aspecto sencillo, huraño y tristón; nada cortesano.

ALF. Ya verá usted: son unas chicas muy simpáticas.

MARÍN Si no lo dudo, amigo Ruiz; pero no tengo humor de tratar con nadie.

ALF. ¡Por lo mismo! Usted necesita distraerse: cambiar en absoluto de vida: salir de su monólogo. Venga usted.

MARÍN Pero, hombre...

ALF. Venga usted. ¡Don Segismundo!

D. SEG. ¡Hola! Al ver á Alfredo con un amigo de buen porte la alegría del triunfo le brilla en los ojos. ¡Alfredito! ¿Tú por aquí de nuevo, Alfredito?

ALF. Voy á tener el gusto de presentarle á usted á mi amigo Leopoldo Marín.

D. SEG. Ah, con mil amores... Muy favorecido...

MARÍN Muchas gracias, señor...

ALF. Don Segismundo Caín y de la Muela; mi futuro padre político.

D. SEG. Para servir á usted.

MARÍN Muchas gracias.

ALF. Aquí lo tiene usted: un muchacho simpático, inteligente, bien parecido, con dinero... y que se va á morir este año.

D. SEG. ¡Hombre! ¡hombre! Todo está muy bien menos lo último.

MARÍN Alfredo se chancea: estos males de carácter nervioso tienen, encima de ser insoportables, esa gracia: la de que nadie los toma en serio.

D. SEG. Pero ¿está usted malo de verdad? Porque el aspecto... ¡lo que es el aspecto!...

MARÍN Según la gente estoy rebosando salud. Ya oye usted á Alfredo. Pero hace unos meses que los nervios no me dejan vivir ni hacer nada á derechas. Soy su juguete, á mi pesar.

D. SEG. ¿Vive usted en Madrid?

MARÍN No, señor: estoy aquí de temporada. Vivo con mis padres en una aldea de Asturias.

ALF. Una desgracia más. El padre, viéndolo así, para pocos días, le llenó la cartera de billetes y le dijo: «Anda, vete á Madrid: diviértete lo que te queda de vida.» Nos hemos conocido en el café.

MARÍN Ya no voy.

D. SEG. ¿Por qué?

MARÍN Porque al fin y al cabo habla uno de sus males y molesta. ¿Qué le importa á nadie lo que cada cual sufra por dentro? Y para no incurrir en esa falta, si usted no tiene nada que mandarme...

D. SEG. Estrechándole la mano Que me mande usted es lo único que se me ocurre. Mirando hacia la izquierda y haciendo tiempo para que llegue su señora. Le daré á usted una tarjeta mía...

MARÍN Yo siento no traer, pero es lo mismo: en el Hotel María me tiene usted á su disposición.

D. SEG. Tantas gracias. Entregándole su tarjeta. Ahí va mi nombre y las señas de la choza en que me puede usted mandar á toda hora.

MARÍN Obligadísimo.

D. SEG. Estrechándole nuevamente la mano. Y nada más, sino que deseo que usted destierre pronto esas aprensiones... Pero aguarde un segundo: lo presentaré á mi esposa, que aquí llega, y que tendrá un gran placer en saludarle.

MARÍN Y yo á la vez.

Sale doña Elvira por la izquierda. La siguen Estrella y Pepín, Amalia y Tomás

D. SEG. Elvira, te presento al señor...

ALF. Marín: Leopoldo Marín.

D. SEG. Al señor don Leopoldo Marín, amigo íntimo de Alfredo.

D.ª ELV. ¡Oh!

MARÍN Señora...

D.ª ELV. Basta que sea usted amigo suyo para que desde ahora lo sea nuestro.

D. SEG. Y va usted también á conocer á estas parejitas. Mi hija Estrella...

EST. Servidora de usted.

MARÍN ¿Cómo está usted? Les da la mano á todos.

EST. Bien, ¿y usted?

MARÍN Bien, mil gracias.

D. SEG. Mi hija Amalia...

MARÍN Tengo mucho gusto...

AMAL. El gusto es mío.

D. SEG. Don José Castrolejo...

MARÍN Beso á usted la mano.

PEPÍN Beso á usted la suya.

D. SEG. Don Tomás Menéndez...

MARÍN Muy señor mío.

TOM. ¿Sigue usted bien?

MARÍN Bien, para servirle... Muchas gracias.

Hay una pausa, durante la cual todos se miran y á nadie se le ocurre nada.

D. SEG. Pues este señor es asturiano... y está de temporada en Madrid. Mira hacia la derecha á ver si vienen las otras niñas.

ALF. Ya lo llevaré á casa alguna noche.

D.ª ELV. Nos veremos muy honrados con ello.

MARÍN La honra será mía. Y con permiso de ustedes... Dando sucesivamente la mano á todos. Señora, á los pies de usted.

D.ª ELV. Adiós, Marín: beso á usted la mano.

MARÍN Señorita, á los pies de usted.

EST. Beso á usted la mano.

MARÍN A los pies de usted, señorita.

AMAL. Beso á usted la mano.

MARÍN Leopoldo Marín, en el Hotel María...

PEPÍN José Castrolejo, Velázquez, treinta y tres...

MARÍN Lo mismo le digo: en el Hotel María...

TOM. Gracias. Tomás Menéndez, Jacometrezo, veintiuno...

MARÍN Señor Caín, he tenido un placer muy grande... Amigo Alfredo, lo dejo á usted aquí con su familia...

D. SEG. ¡Caramba, pues ya va usted á conocer al resto!...

MARÍN ¿A qué resto?
D. SEG. ¡Al de la familia!
ALF. ¡Es verdad!

Sale por la derecha Fifí.

D. SEG. Fifí. El señor Marín. Esta es la menor de la casa.
MARÍN Señorita...
FIFÍ ¿Está usted bueno?
MARÍN Bien, ¿y usted?
FIFÍ Bien, gracias. ¿Su familia está buena?
MARÍN Buena, gracias. A la de usted ya la veo tan buena...

Sale Marucha Marín se sorprende ligeramente.

D. SEG. Maruchita. El señor Marín; un amigo de Alfredo.
MAR. Ay, tanto gusto en conocerlo á usted...
MARÍN El gusto es mío, señorita.
MAR. ¿Cómo está usted?
MARÍN Bien, gracias, ¿y usted?
MAR. Yo bien; muchas gracias. Mamá, ¿á quién se le parece en los ojos?
D.ª ELV. En los ojos... Eso estaba considerando yo... ¿Es á tu primo Poli?
MAR. ¿Qué se ha de parecer á Poli? ¿Qué más quisiera Poli?...
MARÍN Usted me favorece, señorita.
MAR. Es que usted no conoce á Poli.
MARÍN No... no conozco á Poli... Y no molesto más.
D. SEG. Queda otra.
MARÍN ¿Qué?

Sale Rosalía.

D. SEG. Que quedaba otra.
MARÍN ¡Ah!
ALF. Y esta presentación la hago yo. Rosalía.
ROS. ¡Hola!
ALF. Mi amigo Leopoldo Marín. Mi futura.
MARÍN Tanto honor...
ROS. Tanto gusto...
MARÍN Para gusto el de su novio de usted.
ROS. ¡Un millón de gracias!
MAR. ¡Mira qué amable! Mamá, ¿has visto qué amable?
D. SEG. ¡Mucho; mucho!
MARÍN Es cosa que salta á la vista. Y me marcho

ya. Despidiéndose muy aprisa. Señorita, la felicito á usted... Es decir, felicito... Felicito á los dos.

ROS. Muchas gracias.

MARÍN A los pies de usted, señorita.

MAR Beso á usted la mano.

MARÍN A los pies de usted.

FIFÍ Beso á usted la mano.

D.ª ELV. Alargándole la diestra. Adiós, Leopoldo.

MARÍN Adiós, señora. Un poco atolondrado ya, vuelve á dar la mano á los demás personajes. Adiós, señorita.

EST. Adiós.

MARÍN Adiós, señorita.

AMAL. Adiós.

MARÍN Adiós, amigo.

PEPÍN Adiós.

MARÍN Adiós, amigo.

TOM. Adiós.

MARÍN Adiós, Alfredo.

ALF. Hasta la vista.

MARÍN Don Segismundo...

D. SEG. Repito.

MARÍN Adiós á todos.

TODOS Adiós, adiós...

Se quita Marín el sombrero y saluda. Al encaminarse hacia la izquierda del foro lo detiene Caín con un grito.

D. SEG. Pero ¿qué es eso? Pero ¿se marcha usted por ahí?

MARÍN Sí, señor. ¿Hay inconveniente?

D. SEG. ¡Haberlo dicho, hombre! ¡Si por ahí nos marchamos todos! ¡Si ese es nuestro camino!

D.ª ELV. ¡Es verdad! ¡Y la hora de marcharnos, esta!

D. SEG. ¡Nos iremos juntos!

MARÍN Con la respiración entrecortada. Yo lo celebro muy de veras... pero si lo llego á saber... no me despido tantas veces..

Grandes risas acogen la salida del nuevo amigo.

D. SEG. ¡Mucho; mucho! ¡De muy buena ley: de muy buena ley!

D.ª ELV. ¿Vamos, Mundo?

D. SEG. Vamos, sí, vamos.

ALF. Vamos, vamos.

ROS. Vamos.

Se dirigen todos hacia el foro, rodeando al pobre Marín, que no sabe á quién atender. Inmediatamente en torno suyo van don Segismundo, doña Elvira, Marucha y Fifí. Detrás, por parejas, Alfredo y Rosalía, Estrella y Pepín, Amalia y Tomás. Hablan todos á un tiempo: gran algazara. El Guarda asoma por el primer término, creyendo que se han echado á la calle los republicanos.

GUAR. ¡Rediez, qué bullicio! ¡Paece que les ha tocao la lotería!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Despacho en casa de Caín. Una puerta al foro y otra á la izquierda del actor, en primer término. A la derecha un balcón. Una chimenea de chaflán, entre las paredes del foro y de la izquierda. Cercana al balcón la mesa de trabajo. Muebles modestos, con la huella de muchas mudanzas encima. Una anaquelería atestada de libros y papeles En las paredes dos ó tres retratos al óleo, de esos que se trasmiten de padres a hijos, sin que haya una buena voluntad que los queme. Sobre la chimenea una corona de laurel. En el pasillo, frente á la puerta del foro, un perchero. Es de noche. Luz en el centro de la habitación.

—

Rosalía, sentada á la mesa de trabajo, escribe lo que le dicta su señor padre. Don Segismundo traduce de un libro que tiene en la mano, y pasea. Está de batín y babuchas. Rosalía viste un trajecito de casa muy sencillo, y delantal. Como ella visten sus hermanas.

D. Seg. «El tren marchaba con vertiginosa rapidez. Allá lejos, cada vez más lejos, entre la espesa niebla, adivinábanse las luces de París, de aquel París dorado y brillante que fué primero su sueño, después su encanto y al cabo su ruina. A los ojos del viajero asomó una lágrima.»

Ros. Acabando de escribir. ...Asomó una lágrima.

D. Seg. Mira, pon dos lágrimas, porque á los dos ojos es muy difícil que asomase una sola.

ROS. ¡Aunque el viajero fuese tuerto!

D. SEG. ¡Ja, ja! Pero ¡que esto se publique... y se venda... y tenga que traducirlo yo! En fin, ¡qué diablo! peor fuera no verlo... ser... aquello que dijimos, y tener las narices de corcho. Adelante.

Aparece Tomás por la derecha del foro en el pasillo. Deja su sombrero en el perchero, y después de saludar sigue por el mismo pasillo hacia la izquierda.

TOM. Buenas noches.

D. SEG. Hola, Tomasito: buenas noches.

ROS. ¿Se ha levantado mucho aire, verdad?

TOM. Mucho, sí. Aire de tormenta.

ROS. Ya lo he conocido yo en mis nervios.

TOM. ¿Se labora?

D. SEG. Un poco. Ganarás el pan con el sudor de tus disparates.

ROS. Allá en el comedor están las chicas con la tía Mercedes.

TOM. Pues hasta ahora: no quiero molestar.

D. SEG. Tú no molestas nunca, hijo mío. A Rosalía, bajo. Hijo mío: que digiera la frase. Volviendo al libro. «Capítulo décimo sexto. La herencia de los Golber. Han pasado seis meses. «*Le soleil clair et beau de le printemps divin...*» ¿Cómo, cómo? ¿A real el pliego y descripciones pintorescas? ¡No en mis días! Leyendo á saltos, para ver lo que va á tragarse. *Des fleurs... oiseaux... ruisseaux...*» ¡Bah, bah, bah! «*Fontaines... ombrages... vergers... les nénufars dorés...*» ¡Bah, bah, bah! Escribe. «Llegó la primavera.» Punto final. Hemos traducido medio capítulo con una sencillez lapidaria.

Asoma Pepín Castrolejo como Tomás, y hace lo propio.

PEPÍN Buenas noches.

D. SEG. ¡Oh! ¡el gran Pepín!

PEPÍN Hola, Rosalía.

ROS. Hola.

PEPÍN Don Segismundo, dispense usted que lo distraiga un momento de su tarea; pero le traigo dedicado un *colmo*.

D. SEG. ¡Ja, ja!

PEPÍN Como le hacen á usted tanta gracia...

D. SEG. ¡Mucha me hacen!

PEPÍN Oiga usted. ¿Cuál es el *colmo* del encuadernador?

D. SEG. ¿El *colmo* del encuadernador? Ya sabe usted que no doy nunca...

ROS. ¿El *colmo* del encuadernador? ¿Cuál es?

PEPÍN ¡Tener hasta las muelas *empastadas!* ¡Jeeeee!

ROS. ¡Jesús!

D. SEG. ¡Mucho; mucho! De muy buena ley. ¡Tener hasta las muelas *empastadas!* ¡Mucho; mucho!

PEPÍN En el Círculo esta mañana me han querido acogotar porque lo dije. ¡Jeeeee!

D. SEG. ¡Ja, ja!

PEPÍN Hasta luego.

D. SEG. ¡Adiós! Se vuelve para mirar á Rosalía, que lo mira á él, á guisa de comentario. Con los ojos nos lo decimos todo. Estrella lo espabilará.

Sale Marucha por la puerta de la izquierda.

MAR. Pero ¿no ha venido mamá todavía?

D. SEG. No; todavía no ha venido.

MAR. Me pareció oirla hablar. Estoy más inquieta esta noche... ¡Pobrecito Marín! Debe de estar peor...

D. SEG. ¿Por qué razón, muchacha?

MAR. ¿A tí no te dice nada el corazón, Rosalía?

ROS. ¿De Marín? Sí. De Marín me dice una cosa... que yo no te digo.

MAR. ¡Ay, qué mala eres!... Papá, ¿ves qué mala?... ¿Y á tí, qué te dice el corazón?

D. SEG. ¡El corazón á mí me habla muy pocas veces ya!... ¡Si vieras!

MAR. Pues á mí no para de hablarme.

D. SEG. ¡También lo creo!

MAR. ¡Y me está diciendo desde anoche unas cosas más tristes!... ¡Pobrecito Marín! Venir á distraerse á Madrid, caer enfermo de gravedad y encontrarse solito en la habitación de una fonda... ¡Qué pena! ¡Sin tener á su alrededor ninguna persona querida!...

D. SEG. Mujer, mujer... á falta de las de su familia, tu madre desde el primer momento no abandona la cabecera de su cama.

ROS. Lo está tratando como á un hijo. Dos noches lo ha velado ya.

MAR. ¡Ay! Me he quedado un poquito traspuesta en el comedor, ¡y he soñado una de horrores en dos minutos!...

D. SEG. Pues date ahora una vuelta por los pasillos, bébete un buen vaso de agua fresca, y desecha esas ideas terribles...

MAR. Como me lo dices voy á hacerlo. Porque estoy tan preocupada con Marín... Rosalía, no te rías, no seas mala. Papá, dile que no sea mala... Ya veis que es un muchacho que no ha venido acá más que unas cuantas veces... y que ni se ha fijado en mí ni muchísimo menos... pero ¡qué sé yo!... ¡Vaya usted á explicarse!...

D. SEG. Anda, anda, déjanos trabajar.

ROS. Y vete luego al comedor, no se duerma la tía Mercedes.

MAR. La tía Mercedes no se duerme. ¡Sabe más!... Cierra un ojo, y los novios se creen que es el bueno, y que está dormida... Y el que cierra es el de cristal... ¡Ay, Jesús! ¡Quiera Dios que se me vayan estas ideas tan tristes!... Éntrase por la puerta del foro, hacia la izquierda.

D. SEG. Cómo me recuerda esta muñeca de Marucha á tu madre, cuando nos conocimos. Tenía el mismo dengue, el mismo dejillo de mosquita muerta... Y luego, ya ves: me dió ocho hijas, os ha criado á las ocho, y ha sido una mujer para todo en la vida.

ROS. Barajando ideas. ¡Pobrecillo Marín!... La verdad es que... Bueno, ¿seguimos traduciendo?

D. SEG. Seguiremos otro ratito... Llamándole á esto traducir. «Una mañana, el viejo Golber...» Sale Brígida por el foro. Es una criada que habla siempre en voz baja y con cara de susto.

BRÍG. Señor.

D. SEG. ¡Vaya! ¿Qué hay?

BRÍG. Una señora pregunta por usted.

D. SEG. ¿Por mí?

ROS. ¿Quién es, no te ha dicho?

BRÍG. Sí me lo ha dicho, sí; pero se me ha olvidado.

D. SEG. ¡Válgate Dios!

BRÍG. Aguarde usted: doña... doña... ¡doña Jenara!

D. SEG. ¿Doña Jenara Izquierdo?

BRÍG. ¡La misma!

ROS. ¿La madre de Tomás?

D. SEG. Seguramente. Que pase en seguida.

BRÍG. ¿Cómo?

D. SEG. Que pase.

BRÍG. ¿Que pase?

D. SEG. Sí; que entre.

BRÍG. ¡Ah! Eso es otra cosa. Se va.

ROS. ¡Qué mujer! Parece que está siempre asustada.

BRÍG. Asomando de nuevo. ¿A la sala ó aquí?

D. SEG. Sobrecogido. ¿Eh?

BRÍG. ¿A la sala ó aquí?

D. SEG. Aquí; aquí. Vase Brígida. Ahora soy yo el que se ha asustado.

ROS. Y yo. ¡Demonio de mujer!

D. SEG. ¡Le da á todo una importancia y un misterio!

ROS. ¿Se acabó el trabajo, verdad?

D. SEG. Se acabó. Digo, este trabajo: porque todo es trabajar, no te creas. Déjame solo con esa señora.

ROS. ¿Y le digo á Tomás que ha venido?

D. SEG. Ni una palabra, como yo no avise.

ROS. Descuida. Se va por la puerta de la izquierda.

D. SEG. Preparándose á recibir á la dama. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! El mundo gira, el mundo rueda, y su vida está en su movimiento. Doña Jenara aparece en la puerta del foro. Es una señora de buen ver. Viene de velo, y habla con cierto dejo popular madrileño. ¡Oh, señora! ¿Para qué se ha molestado usted? ¿Cómo está usted?

D.ª JEN. Bien; para servirle.

D. SEG. Tenga la bondad de sentarse.

D.ª JEN. Muchas gracias.

Se sientan los dos

D. SEG. Por lo visto, en mi carta me he expresado mal. Mi intención fué pedirle á usted hora para visitarla en su casa; en modo alguno...

D.ª JEN. No; si ya lo entendí; si era eso lo que usted

me decía. Pero yo pensé: este señor está muy ocupado: ¿á qué voy á hacerle perder tiempo en ir y venir? Y como la cuestión es que hablemos, aquí estoy. Cuanto antes mejor. No sabe usted las ganas que yo tenía de conocerlo á usted personalmente para decirle más de cuatro cosas.

D. SEG. Me alegro entonces de que las aguas hayan corrido por este cauce. Voy á cerrar las puertas, para que ni una sola palabra salga de aquí... mientras no nos pongamos de acuerdo. Lo hace.

D.ª JEN. ¿Y mi hijo, está ahí?

D. SEG. ¡Pues no! Hablando con mi hija, precisamente. Porque los hijos hablan allá, hablan aquí los padres.

D.ª JEN. Sí, señor; es mucha verdad. Y al oirlo á usted, con esa cara de bueno que tiene—usted disimule la confianza,—se me encienden los remordimientos que ya sentía. Porque esta visita la he debido yo hacer mucho antes. Sofocándose por palabras. ¡Sí, señor, sí, señor; mi hijo es un pillo; mi hijo hace muy mal en engreir á ninguna chica; mi hijo no se puede casar con su hija de usted!

D. SEG. Alarmándose un punto. ¿Por qué, señora?

D.ª JEN. ¡Porque en ley de Dios no se puede casar!

D. SEG. ¿Es casado?

D.ª JEN. ¡Qué ha de ser casado!

D. SEG. Recobrando su aplomo. ¡Entonces sí se puede casar!

D.ª JEN. Según y cómo, señor don don don... ¿Cómo se llama usted?

D. SEG. Segismundo, señora.

D.ª JEN. Pues según y cómo, señor don Segismundo. Yo soy muy franca y muy decente, y á mí no me gusta que mi hijo engañe á nadie. Porque mi marido, que esté en gloria, no engañó á nadie. ¡A nadie! ¡Ni á mí!—que eso lo cuentan muy pocas mujeres. Y como él no ha podido ver engaños en su casa, se me arde la sangre y me sofoco toda de ver lo que está haciendo. Yo le voy á decir á usted lo que es mi hijo, y luego, usted que es pa-

dre, verá si le rompe un hueso ó lo que determina.

D. SEG. Cálmese; cálmese usted, señora...

D.ª JEN. ¡No puedo; no puedo! Mire usted: mi hijo es un vago; mi hijo se levanta á las doce; mi hijo no estudia; mi hijo bebe; mi hijo no sabe ganar una peseta; mi hijo trasnocha; mi hijo empeña los libros; mi hijo no confiesa; mi hijo no oye misa... ¡mi hijo es una condenación! Ese es mi hijo: ya sabe usted quién es mi hijo. Y me va usted á permitir que ponga derecho este cuadro, porque yo, en viendo que vea un cuadro torcido, no puedo hablar una palabra. ¡Manías! Se levanta y lo hace.

D. SEG. Señora, está usted en su casa... ¡Ja, ja! Y venga aquí, y sosiegue ese ánimo... Usted, en su buena fe, hace montes de granos de arena... ¡Donoso lance este! La madre acusando... y el suegro defendiendo... ¡Ja, ja!

D.ª JEN. Lo que veo es que á usted lo ha engatusado, como á todo el mundo. Porque, eso sí; gatera, ya es gatera; y labia y gancho ya le ha dado Dios; y desparpajo y *metimiento*, no le faltan á él. ¡Como digo una cosa digo otra! ¡Pero me va á matar!

D. SEG. Francamente, señora, á mí bien hubiese podido engañarme, porque á mí me engaña una codorniz... pero es que, en rigor, los cargos que usted acumula contra él, son pueriles, ¡fundamentalmente pueriles!... ¡Que no estudia! ¿Y quién estudia ya en este país, donde todo se debe al favoritismo? ¡Que se levanta á las doce! ¿Y si no estudia, para qué se ha de levantar más temprano? ¡Que empeña los libros! ¿Y para qué los quiere, si no estudia? ¡Que bebe! ¡Esa es una necesidad fisiológica! ¡Que no oye misa! ¿Y quién oye misa á la edad que tiene Tomás? A esa edad, si se va á la iglesia, es á ver á la novia; y su hijo de usted prefiere, con muy buen gusto, ver á la novia fuera de la iglesia. ¡El sacerdote más escrupuloso lo absolvería!

D.ª JEN. Vamos, señor; ¡si le parece á usted lo pondremos en un altar con una palmita y un perro lamiéndole las llagas!

D. SEG. ¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Pero ni tanto ni tan calvo, Gonzalvo. ¡A la cantera! ¡á la cantera! Dígame usted: ¿el chico es listo?

D.ª JEN. ¿Que si es listo? ¡Un rayo! ¡Anda, pues si él quisiera trabajar! ¡Corta un pelo en el aire!

D. SEG. ¡Mucho; mucho! ¿Es bueno? ¿Tiene corazón?

D.ª JEN. ¡No le cabe en el pecho! Mentiría yo si lo negara. Ve una pena de otro, y le duele como si fuera propia.

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Tenemos hombre; tenemos hombre. Ya saldrá, ya saldrá... Así lo he apreciado yo desde el primer día, y por eso he consentido sus amores con mi hija Amalia. ¡Con Amalia! ¡Con Amalia! Luego conocerá usted á Amalia. Decir Amalia aquí es decir la perla de esta casa. Y todas son mis hijas: ¡y tengo ocho! Pero la perla de la casa es ella.

D.ª JEN. Sí, señor; y yo me alegro mucho de que su elección haya sido tan acertada. Y quedamos en que la chica es una perla, y el chico San Isidro Labrador, y en que se quieren á morir; pero ya sabe usted que los suspiros no alimentan; más bien debilitan; y mi hijo, sobre que no sabe ganarlo, no tiene dinero.

D. SEG. ¡Mucho; mucho!

D.ª JEN. No, señor; lo que es en eso no me convence usted. ¡No tiene dos reales!

D. SEG. ¡Mucho; mucho!

D.ª JEN. ¡Le digo á usted que ni dos reales!

D. SEG. Si ya lo sé. «Mucho; mucho» en esta ocasión significa que estamos de acuerdo.

D.ª JEN. ¡Ah!

D. SEG. Ciertamente su hijo de usted no tiene dinero, ni mi hija tampoco; y claro está que para casarse lo necesitan...

D.ª JEN. ¡Mucho; mucho!

D. SEG. Mucho, no; una cosa prudente...

D.ª JEN. Si es que yo también estoy de acuerdo ahora.

D. SEG. ¡Ja, ja! ¡Muy bien; muy bien! De muy bue-

na ley... Pues óigame usted cuatro palabras. Un pariente mío—pariente y protector—tiene por Tomasillo las más fervientes simpatías, y me ha ofrecido para él, viéndolo tan enamorado de Amalia, un destino que le permita realizar sus sueños. Mi opinión es que la salvación del chico está ahí: con la golosinilla de la boda, con la miel del te quiero y me quieres, se nos mete en trabajo, se acostumbra á él, y se hace un hombrecito. ¿Usted qué dice á esto?

D.ª JEN. Un poco conmovida. ¡Ay, señor don don don!...

D. SEG. Segismundo.

D.ª JEN. Don Segismundo, que nunca me acuerdo de su nombre; ¿qué quiere usted que diga yo? ¡Que el padre de mi hijo no haría más por él! Si ese es mi afán; que se arrime á buen árbol, que sea formalito, que se deje de gandulear, que trabaje, que mire al mañana...

D. SEG. ¡Oh! Pierda usted cuidado... Se va á casar con una hormiguita... Mi hija Amalia es una hormiguita... Va usted á conocerla.

D.ª JEN. Me veré muy favorecida, señor. Ya no deseo otra cosa.

Don Segismundo va á la puerta del foro á llamar á Brígida. Mientras tanto doña Jenara coloca otros cuadros derechos.

D. SEG. ¡Brígida! ¡Brígida! Asoma esta, siempre asustada, naturalmente, y don Segismundo le da un recadito en voz baja. Ahora vendrá.

D.ª JEN. Muchas gracias, señor.

BRÍG. Volviendo á asomar. ¿La señorita Amalia sola?

D. SEG. Sí; sola, sola ella. Se va Brígida. Esta criada cree que tenemos siempre un enfermo grave. Pues bien, amiga mía: mañana á primera hora veré yo á Cayetano, mi pariente, le hablaré con entera seriedad del caso, y luego pasaré á saludar á usted para enterarla de todos los pormenores: índole del destino, sueldo, etc., etc.

D.ª JEN. Lo que usted guste, señor, lo que usted guste.

Sale Amalia por la puerta de la izquierda. Al ver á doña Jenara se sorprende ligeramente.

D. SEG. Aquí la tiene usted: esta es Amalia.

AMAL. Servidora.

D.a JEN. Por muchos años. Contempla encantada unos momentos á la muchachita.

D. SEG. ¿Tú conoces á esta señora?

AMAL. De vista... Una tarde tuve el gusto de encontrármela con Tomás... y luego él me dijo...

D.a JEN. ¡Sí que ha sabido elegir el muy sinvergüenza! ¡Vaya si es bonita, señor! ¡Y tan repulidita que ella parece! ¡Le digo á usted que es de lo más chulo! Bueno, todos los pillos tienen suerte... ¡Pillo! ¡más que pillo! ¿De cuándo acá se va á merecer él este confite? ¡El muy granuja!... ¡el muy pendón!... ¡el muy gandulazo!...

D. SEG. Yo no sé si tú sabrás que habla de tu novio.

AMAL. Ya lo he comprendido... Pero no me hace mella.

D.a JEN. No la hace mella, dice. ¡Mira qué buen agrado tiene y qué gracia! ¡Es un regalo esta criatura! ¡un regalo!

AMAL. Usted me favorece.

D.a JEN. Yéndose de repente á la mocita, con efusión de suegra simpática. ¡A ver si me lo metes en cintura, hija mía! ¡Lo que tú con esa cara no puedas con él, no ha de poderlo nadie! ¡Que arrime el hombro al trabajo! ¡que sude!

D. SEG. Sudará, sudará...

D.a JEN. ¡Que no es hijo de ningunos príncipes! Está tan mimado, tan consentidote.. ¡Ay, señor! Lo peor que puede pasarle á un matrimonio es no tener más que un hijo.

D. SEG. Con permiso de usted, amiga mía, puede pasarle algo peor. ¡Ja, ja!

D.a JEN. Entiéndame usted por qué se lo digo. ¡Pero qué bonita eres, hija mía! ¡Dame un beso! ¡Te voy á querer más que á él! Y me voy, me voy, porque si no me voy no dejo de hablar.

D. SEG. ¡Como ya están todos los cuadros derechos!

D.a JEN. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué sombra ha tenido! Quedamos en lo que quedamos, don don don...

D. SEG. Segismundo.

D.ª JEN. Don Segismundo. Ya sabe usted su casa. Dame tú otro beso, bonita. No se molesten, no se molesten... Buenas noches... Al llegar á la puerta del foro, apaga maquinalmente la luz. ¡Ay! ¡Los dejaba á oscuras! La costumbre que tengo en casa.

D. SEG. ¡Ja, ja!

D.ª JEN. Disimulen ustedes. Buenas noches. No se moleste usted, señor.

D. SEG. No es molestia ninguna.

Doña Jenara se va por la puerta del foro, hacia la derecha. Don Segismundo la sigue. Amalia queda asomada á la puerta, despidiéndola.

AMAL. Adiós... vaya usted con Dios.

D. SEG. Volviendo. ¿Eh, qué tal? Dame tú un abrazo.

AMAL. ¡Con toda el alma, papaíto! ¡Qué buenísimo eres! Y esta señora es muy campechana y muy agradable. ¿Quieres algo?

D. SEG. Que te vayas, que es lo que tú quieres.

AMAL. Pues hasta luego. ¡Estoy más contenta que mi suegra! Se marcha por donde salió.

D. SEG. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien! ¿Hoy es trece, verdad? Porque se me está dando un buen día...

Aparece Alfredo por la derecha en el pasillo, y deja su sombrero.

ALF. ¿Se puede, don Segis?

D. SEG. ¡Qué preguntas haces, Alfredo!

ALF. Es que no vengo solo. Pasa, Emilio.

D. SEG. ¡Ah!

Surge en el pasillo Emilio Vázquez, sombrero en mano. Es un autor cómico, envanecidillo con el triunfo de su primera obra, porque los críticos han dicho de él que es un «grano» para algunos autores famosos.

EMIL. Buenas noches.

D. SEG. ¡Adelante, señor!

ALF. Presentándolos. Don Segismundo Caín. Mi amigo Emilio Vázquez.

D. SEG. Tanto honor...

EMIL. Tanto gusto...

ALF. Autor cómico muy aplaudido.

D. SEG. ¿Hola?

EMIL. Psche.

ALF. Ha hecho sus primeras armas ahora en el Salón Martínez.

D. SEG. ¡Ah, en el Salón Martínez! ¿Qué compañía trabaja en él?

EMIL. Una muy modestita. Sí. La compañía Sánchez-Pérez-Bermúdez. Sí.

D. SEG. Tengo una idea de haber leído algo de eso... ¿Cómo se titula la obra de usted?

EMIL. *Castañas pilongas.* Sí.

D. SEG. *¡Castañas pilongas!* Es gracioso el título, ¿verdad?

ALF. Sí, señor. Y la obra. Ha gustado mucho. Yo estuve en el estreno.

EMIL. Es un sainetito. Sí.

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Cultiva usted el género que más me agrada: el sainete. Tan castizo, tan español... La gracia culta, la sátira burlona de las costumbres... *Castigat ridendo mores...* ¡No vaya usted á sacar un sainetito de esta casa! ¡Ja, ja! Pero, sentémonos. ¿O pasamos al comedor? ¿Qué te parece, Alfredo?

ALF. Mejor será. Allí están las chicas...

D SEG. Dices bien. Vamos, vamos al comedor.

ALF. Yo le espero aquí, don Segismundo. Con permiso de Emilio, necesito hablarle á usted en seguida.

D. SEG. ¿Ah, sí? Pues en seguida vuelvo. Usted perdonará...

EMIL. No hay de qué, señor mío.

D. SEG. Llevándoselo del brazo. ¿Conque tan joven y ya autor cómico aplaudido, eh?

EMIL. Sí, señor, sí.

D. SEG. Es la misión más alta: la de divertir á los hombres... Lo dijo Schiller, como usted sabe mejor que yo.

EMIL. Sí, señor, sí.

D. SEG. Pase usted.

EMIL. Muchas gracias.

Se van por la puerta de la izquierda. Don Segismundo mira a Alfredo con gratitud.

ALF. Paseando preocupado ¡Pobre don Segis! Le voy á dar la noche... Sí. Y es claro que debo decírselo. Sí. Porque sabe Dios adonde habrán llegado las cosas... Sí. Y si hace falta, obligaremos á ese joven... Sí. ¡Caramba! ¡Que se me ha pegado la muletilla del autor cómico!

Sale Rosalía por la puerta de la izquierda.

ROS. ¿Por qué no has ido al comedor?

ALF. Porque quería que tú vinieras.

ROS. Pues aquí me tienes. En cuanto ví llegar á papá con un muchacho nuevo, pensé: «Alfredo está ahí.»

ALF. Y aquí estoy en efecto. ¿Te lo ha presentado tu padre?

ROS. Remedando á Emilio. Me lo ha presentado. Sí.

ALF. Ya veo que te lo ha presentado. Es simpático, ¿eh?

ROS. Sí.

ALF. Sí. Se ríen. ¡Burlona!

ROS. ¿Cuándo nos casamos?

ALF. ¡Nunca!

ROS. ¡Ja, ja, ja!

ALF. Vas á tener que pedírmelo en cruz.

ROS. Menos que en cruz.

ALF. Y conste que no es de nobles vencedores divertirse así de los vencidos.

ROS. ¿Te declaras vencido?

ALF. ¡Vencido y convencido! ¿No lo estás viendo? Al cabo triunfó lo que debía: se hizo la luz en mi mollera. Pero me he llevado más de un mes con unas dudas y unos recelos... que no los quiero para tí. La otra noche me daba de coscorrones en mi cuarto. «¡Animal! ¡zopenco; que deberías estar tirando de una carreta! ¿De manera que cuando tu novia te demuestra en su cariño á los suyos todo lo que vale moralmente, es cuando á tí se te ocurre hacer de Otelo y ponerte en ridículo? ¡Eres un ser abominable!» Todo esto me decía.

ROS. Pues no te mereces más que la mitad.

ALF. ¿Y que tú me quieras, me lo merezco?

ROS. Después de bailar un rigodón con los ojos. Sí.

ALF. ¡Entonces pídeme... hasta que me tire por el balcón!

ROS. Tírate.

ALF. Mira que me tiro.

ROS. Tírate. Alfredo se dirige al balcón. No te tires.

ALF. ¿No me tiro?

ROS. ¿Para qué, si es un entresuelo y no vas á matarte?

ALF. Corriendo hacia ella y cogiéndole las manos apasionadamente. ¡Bendita sea tu cara!

ROS. ¡Te quiero mucho, Alfredo!

ALF. ¿Mucho?

ROS. Mucho. Pon todos los muchos que dice papá al cabo del día, y todavía son pocos.

ALF. Pues multiplica esos muchos por mi cariño, y así te quiero yo.

Cogidos de las manos se miran unos momentos sin palabras.

ROS. ¡Ay, Alfredo!

ALF. ¿Qué?

ROS. ¡Qué mal lo vamos á pasar como no se casen pronto las chicas!

ALF. No lo dudo un instante. Ya en todo pienso como tú. ¡Hay que casarlas por la posta!

Óyese la tos de Caín detrás de la puerta del foro. Alfredo y Rosalía se sueltan las manos. La tos continúa, y entonces se separan. Se oyen dos ó tres golpes más y se separan otro poco.

ROS. ¡Jesús! Pero, ¿qué idea tiene papá de las distancias?

Sale don Segismundo con los residuos de la tos.

D. SEG. ¡Ay, ay, ay!

ROS. ¿Por qué no tomas unos vahos de brea?

D. SEG. ¡Esta tos no se cura con brea! A Alfredo. Oye, ¿sabes que me agrada bastante ese chico? Tiene labia, tiene despejo natural...

ALF. Es compañero de mi nueva casa de huéspedes. Y sí parece listo, sí.

D. SEG. Sí. Y ¿era cierto que deseabas hablarme?

ALF. ¡Ojalá no lo fuera, don Segismundo!

D. SEG. Mirando alternativamente á los novios. ¿Eh?

ALF. Porque lo que tengo que decirle es, cuando menos, bastante desagradable, y pudiera ser grave además.

ROS. ¿Grave?... ¿Y por qué me lo has callado, Alfredo? ¿Es que estorbo yo?

ALF. No; al contrario: quédate.

D. SEG. ¿Grave, dices? Pocas cosas hay graves en este mundo.

ALF. Pues esta, en mi concepto, lo es.

D. SEG. Habla.

ALF. Ustedes me conocen y saben que yo no ten-

go pelos en la lengua, ni puedo decir las cosas con rodeos.

D. SEG. ¡Mucho!

ALF. Pues bien: cuando anoche me fuí de aquí, antes de recogerme, estuve dando vueltas por las calles tomando el fresco; y al pasar de nuevo por esta, camino de mi casa ya, ví que del balcón del cuarto de Estrella se descolgaba un hombre.

D. SEG. ¿Qué dices?

ROS. Ah, vamos. A don Segismundo. No te alarmes; no es eso.

ALF. ¿Cómo que no es eso? ¿Me vas á negar lo que yo ví?

ROS. Estoy enterada... Yo explicaré... Oyeme, papaíto.

D. SEG. Deja, deja que acabe este. ¿Has dicho que se descolgaba un hombre del cuarto de mi hija?

ALF. Sí, señor.

D. SEG. ¿Y quién era ese hombre? ¿Tú lo reconociste?

ALF. Pepín Castrolejo.

D. SEG. ¡Pepín Castrolejo! ¡Ah, traidorzuelo sinvergüenza! No lo creí tan osado...

ROS. Papá, pero yo explicaré...

D. SEG. ¡Eso no es un hombre, como tú has dicho! ¡Ese es el novio de ella, que es peor!

ROS. ¿Quieres oirme?

D. SEG. Un hombre, un desconocido, puede ser un ladrón que entró por una alhaja; pero un novio que escala el balcón de su novia, aunque nada se lleve, se lleva algo más que pueda llevarse una partida de ladrones.

ROS. Papá, papá, no hagamos una escena de novela, que bastantes hay con las que tú traduces. Yo lo sé todo: ¿no me ves tranquila?

D. SEG. Por lo que hace á Estrella lo estoy yo también, porque en ella tengo confianza; pero... En fin, dime tú: ¿qué diablos pasó?

ROS. Estrella misma me lo ha contado. Pasó que ese monigotillo, que le está buscando tres pies al gato desde el principio de las relaciones, le dijo anoche entre burlas y veras, cuando ella salió al balcón á despedirlo

como de costumbre, que iba á subir á darle un beso... ó qué sé yo qué. Tonterías.

D. SEG. Sigue, que no son tonterías.

ALF. ¡Tonterías, don Segis!

D. SEG. Sigue.

ROS. Que no lo harás, que sí lo haré; que no te atreves; que subo, que no subes... Total: que con unas y con otras trepó como un gato por la reja de la taberna y ganó el balcón. Entonces Estrella se puso por las nubes, cerró los cristales, cerró las maderas y lo dejó allí como un tiesto. Esta es la historia.

ALF. Que no desmiente en un ápice lo que yo he contado.

ROS. Pero que necesitaba explicarse, como comprenderás.

D. SEG. ¡Bien! ¡Muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Con cuantísima razón recelaba tu madre de ese monicaco! Mal corresponde á nuestro noble afecto. Vivir para ver. Silencio. Repito que por mi hija estaba yo tranquilo, porque la conozco. Pero ¡ay! que la gente no la conoce como yo. Calumnia, que algo queda...

ALF. ¡He ahí el gran peligro!

D. SEG. *¡Voilà!*

ROS. La calumnia... Es cierto.

D. SEG. Del mismo modo que este ha visto bajar del balcón al señorito ese, han podido verlo otras personas que ignoran cuándo y á qué subió. Este es el caso—no hay que darle más vueltas,—y sabido es cómo estos casos se resuelven entre personas que guardan su buen nombre.

ALF. ¡Sí, señor; dice usted muy bien!

ROS. ¿Un duelo?

D. SEG. ¡Quiá!

ALF. ¡Mi primer impulso fué saltar sobre él, cogerlo por el cuello y ahogarlo!

D. SEG. ¡Nunca! ¡Hubieras hecho un gran desatino!

ROS. ¡Como que así no se remedia nada, señor!

D. SEG. ¡Nada absolutamente! Aquí la solución es clarísima; de una transparencia de cristal; y por buenas o por malas á ella hemos de ir. Yo espero que será por buenas.

ALF. ¡O por malas! No se puede jugar impunemente con la reputación de una señorita. Y si en último término fuera preciso romperle la cabeza á ese pollo...

ROS. ¡Y dale!

D. SEG. ¡Todo menos eso, hombre de Dios! ¡Déjale la cabeza quieta! Y ahora, ya que eres tan bueno, una súplica.

ALF. Usted me manda.

D. SEG. Esta noche no sale de aquí ese mocito sin hablar conmigo seriamente. Yo quiero que se halle presente en la entrevista el tío Cayetano.

ROS. ¿El tío Cayetano?

D. SEG. Sí. Toma un coche y llégate al Casino por él. Me basta y me sobra mi autoridad de padre, pero no me estorba la de un hombr de la representación de Cayetano.

ALF. Ni una palabra más. Aquí estoy con él antes de diez minutos. ¿Tú quieres algo, Rosalía?

ROS. Nada: que vuelvas.

ALF. Hasta ahora. ¿Supongo que no te quejarás de mí?

ROS. ¡Quejarme! Me tienes encantada...

Vase Alfredo precipitadamente por la puerta del foro.

D. SEG. Este chico vale un imperio. ¡Cómo colabora en nuestros afanes! ¿Verdad, Rosalía?

ROS. Es un bendito. Mirando hacia dentro desde la puerta. Ahí tenemos de vuelta á mamá. Al salir Alfredo ha entrado ella.

D. SEG. ¡Ah, mamá! Pues, oye: luego tú, de la manera más discreta, á solas las dos, entérala de todas estas amargas *nouveautés*. Ahora disimulemos.

Sale doña Elvira por la puerta del foro un poco fatigada.

D.ª ELV. ¡Ay! Ya estoy aquí: creí que no llegaba. Se ha levantado un vendabal horrible.

D. SEG. ¿Cómo sigue ese pobre muchacho?

ROS. ¿Cómo está Marín?

D.ª ELV. Mejor: está mejor, á Dios gracias. Treinta y ocho y décimas ha tenido esta tarde. A Rosalía, besándola. Dame un beso, cielo. A don Segis, besándolo también. Ven acá tú, descastadote.

D. SEG. ¡Ja, ja!

ROS. De manera que está mejor, ¿eh? ¡Lo que se va á alegrar Marucha! Llamando desde la puerta del foro. ¡Niñas! ¡Niñas! ¡Ya ha venido mamá!

D.ª ELV. Con júbilo. A propósito de Marucha, tengo que contaros...

ROS. ¿Qué?

D.ª ELV. Que es indudable: Marín está impresionadísimo.

D. SEG. ¿Sí?

D.ª ELV. ¡En el delirio de la fiebre la nombra con frecuencia!...

Sale Marucha por la puerta de la izquierda. Sus hermanas salen luego también por la misma puerta.

MAR. ¿Cómo está Marín?

D.ª ELV. Está mejor, corazón mío.

MAR. ¿Está mejor?

D. SEG. Sí, está mejor: treinta y siete...

D.ª ELV. Treinta y ocho y décimas. No te apures tú, palomita. La besa.

MAR. ¡El pobre!... Si no fuera por tí, que eres tan buena, se hubiera muerto como un perro.

ROS. No tanto, mujer...

D.ª ELV. En los momentos en que se limpia más de fiebre, se deshace conmigo en palabras de gratitud.

MAR. ¡Mira qué bueno!

D.ª ELV. Y por Dios me pide que no se les avise á sus padres, como no se agravara demasiado.

MAR. ¡Pobrecito! ¡Qué bueno! ¡qué bueno! Papá, si yo caigo mala algún día, muy mala muy mala, y tú estás fuera, como no me vaya á morir no te aviso.

D. SEG. ¡Me parece muy acertado! ¡Ja, ja!

D.ª ELV. Besando otra vez á Marucha. ¡Pero qué rica eres!

ROS. Y qué previsora además.

MAR. Y tú qué mala: siempre me estás pinchando.

Sale Estrella.

EST. Hola, mamá. ¿Cómo has pasado el día?

D.ª ELV. Bien. Acordándome mucho de vosotras. La besa.

EST. ¿Y cómo está Marín?

MAR. Está mejor; está mejor, ¿sabes?

ROS. Treinta y ocho y décimas.

EST. Vaya, me alegro. Que sea enhorabuena, Marucha.

MAR. ¡Ay, qué tonta! Mamá, mira lo que me dice esta.

EST. Por supuesto, yo voy á reventar de risa. Viene Pepín esta noche desatado. ¡Qué de tonterías nos ha dicho! Y yo me temo, me temo cuando viene así desatado.

Sale Amalia.

AMAL. Buenas noches, mamaíta. ¿Cómo está Marín?

D.ª ELV. Está mejor. La besa.

MAR. Está mucho mejor. Treinta y ocho y décimas nada más.

D. SEG. Está mejor.

ROS. Está mejor.

EST. Está mejor.

MAR. A Fifi, que sale. ¿Sabes, Fifí? Marín está mejor.

FIFÍ ¿Está mejor?

D.ª ELV. Sí, está mejor. La besa. ¡Reina del mundo!

ROS. Está mejor. Treinta y ocho y décimas.

D. SEG. Está mejor.

AMAL. Está mejor.

EST. Está mejor.

D.ª ELV. Por cierto —¿me oyes, Segis?—que hay que llevarle el caldo de aquí. Por humanidad. Hoy subió la camarera un caldo que era veneno.

MAR. ¡Ay, qué mala! ¡Que metan á esa mujer en la cárcel!

ROS. ¡Jesús!

D.ª ELV. Mañana--¿sabes, Mundo?—aunque sea haciendo un sacrificio, mataremos un pollo.

D. SEG. Humorísticamente. ¡Baja la voz!

D.ª ELV. ¿Por qué?

D. SEG. ¡Porque en el comedor hay un pollo nuevo, y pudiera asustarse!

Grandes risas.

MAR. ¡Ay, qué gracioso es mi papá! Lo besa.

D.ª ELV. ¿Qué me decís? ¿Hay un pollo nuevo en el comedor?

ROS. Alfredo lo ha traído.

D. SEG. Muy simpatiquillo por cierto.

AMAL. Y muy galante.
EST. Y se ha enamorado de Fifí.
FIFÍ No, no, no, no.
D.ª ELV. ¿Esas tenemos?
FIFÍ No, no, no, no.
D.ª ELV. Besándola. Pero, simple, ¿qué mal hay en ello? Anda, vamos allá: que yo lo conozca.
EST. Sí, sí; vámonos para allá.
AMAL. Vámonos, vámonos.
ROS. Es autor cómico: ha estrenado las *Castañas pilongas.*
EST. ¡Y también dice *colmos,* como Pepín! Pero sin tanta gracia.
MAR. ¡Pues uno ha dicho muy salado!
AMAL. Y á Fifí le ha echado muchas flores.
FIFÍ No, no, no, no.
D.ª ELV. Vaya, vaya, veo que ha caído bien, ha caído bien el recién llegado.

Hablándole a la madre todas á la vez se van por la puerta del foro, hacia la izquierda.

D. SEG. Ya iré yo ahora, ¿eh? No os cureis de mí, que he de corregir un poco unas cuartillas. Cuando se queda solo, exclama: La soledad es madre de la inspiración. Pasea. Luego se asoma vigilante á una puerta y á otra y las cierra. Se sienta á la mesa y busca entre los papeles un pliegueecillo blanco para una carta. Después de desechar dos ó tres distintos, elige uno pequeño. Toma la pluma para escribir y se detiene. La deja y toma un lapicero. Va á escribir naturalmente con la mano derecha, y de pronto, se detiene otra vez Coge el lápiz con la izquierda y traza unos renglones Lee lo que ha escrito y arruga el pliego como llevado de la cólera. Por fin lo dobla y se lo guarda. Se levanta y vuelve a pasear. Y como expresión y resumen de cuanto ha pensado y ha hecho, dice:

Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar, pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

Aparece por la puerta del foro el tío Cayetano. Alfredo lo sigue.

TIO CAY. ¡Chico, qué nochecita de aire!
D. SEG. ¡Cayetano!

TÍO CAY. ¡Cómo sopla Febo!

ALF. ¡Hay que echarse piedras en los bolsillos!

D. SEG. ¡Y yo que te he hecho venir en tal noche! ¿Por qué eres tan bueno, Cayetano?

TÍO CAY. ¿Quieres callarte, Segismundo? Si yo no te sirvo para ocasiones como la presente, ¿para qué he de servirte yo? Cuando yo ví entrar á este, y este me dijo á lo que iba, estaba yo tomando mi taza de café, mi copa de coñac y mi vaso de agua, y allí se quedó todo.

D. SEG. ¡Válgame el Señor! ¡Qué trastorno! ¿Quieres tomar aquí alguna cosa?

TÍO CAY. No; si el café y el coñac ya me los había yo bebido. Quiero decir que ni le pagué al camarero ni me ocupé de nada más que de servirte.

D. SEG. Que Dios te lo premie. Alfredo te habrá dicho...

ALF. Sí; ya sabe de lo que se trata.

TÍO CAY. Sí; ya sé yo de lo que se trata. ¿Y qué piensas hacer, si has pensado algo?

D. SEG. Te diré: no he pensado más que una cosa: llamar aquí á ese joven—y de ahí que haya querido ampararme de tu apoyo moral—y pedirle primeramente y después exigirle, si hiciera falta, que cumpla su deber de caballero. Y como el tiempo vuela, y tu tiempo es precioso, Cayetano, porque para tí no hay minuto perdido, vamos á afrontar la situación. Alfredo, ángel tutelar de esta casa, ten la bondad de ir al comedor y suplicarle á Pepín que venga; que le vamos á decir un *colmo*.

ALF. Ahora mismo. Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda.

D. SEG. ¡A qué amargas consideraciones se presta la vida algunas veces, Cayetano!

TÍO CAY. Eso se me estaba ocurriendo á mí.

D. SEG. Ah, hombre; y dispensa mi olvido. ¡Si no sé dónde tengo la cabeza! Enhorabuena por la nueva encomienda con que han premiado tus relevantes méritos.

TÍO CAY. ¡Psche! No tiene importancia... ¡Un botón más! Se empeñó el ministro... Si me alegro

es porque me concede honores militares para mi entierro.

D. SEG. ¡Haga Dios que tarden mucho esos honores!

TÍO CAY. Lo mismo estaba pensando yo.

Llega Alfredo por donde se fué.

ALF. Ya viene. ¿Me quedo ó me marcho, don Segismundo?

D. SEG. ¡Te quedas! ¡Pues no faltaba más!

ALF. Como usted guste. Celebro quedarme; eso sí.

TÍO CAY. ¡Ah, pues no faltaba más! ¡Usted se queda!

D. SEG. Y lo que os ruego á entrambos es que recibais á ese bribonzuelo con el gesto más duro de que vuestro semblante disponga.

ALF. Ya, ya.

Caín se deja caer en un sillón, como abatido; Alfredo pasea con cara de vinagre, y el Tío Cayetano se sienta con su aire de superioridad acostumbrado. Por la puerta del foro sale Pepín muerto de risa.

PEPÍN ¡Señores, qué *juerga!* Buenas noches, don Cayetano. Ese chico autor nos ha puesto una charada graciosísima. Figúrense ustedes que... Reparando en las caras de todos. Pero ¿es que pasa algo? Les encuentro las caras un poco tirantes.

D. SEG. Pues aún debieran estarlo más. Se levanta.

PEPÍN ¿Cómo?

TÍO CAY. Aún debieran estarlo más.

D. SEG. Alfredo, hazme el favor de cerrar las puertas.

Alfredo obedece.

PEPÍN Me dejan ustedes atónito. ¿Se puede saber?...

D. SEG. Señor de Castrolejo.

PEPÍN Señor de Caín.

D. SEG. Mostrandole el pliegueecillo de marras. Yo he recibido esta carta anónima. El Tío Cayetano mira á Alfredo, Alfredo á don Segis y este pasa por alto las dos miradas. Fíjese usted, por si se considera aludido.

PEPÍN A ver...

D. SEG. Lee. «Anoche, á deshora, del balcón de una de tus hijas se descolgaba un hombre. Te lo advierto, para que guardes más bien el honor de tu casa.—Un buen amigo.»

Pepín se pone lívido y traga toda la saliva que puede. Las miradas están fijas en él.

PEPÍN — No entiendo por qué me lee usted eso á mí.

D. SEG. — ¿No tiene usted ninguna noticia del caso?

PEPÍN — Ninguna.

ALF. — ¿Ninguna?

PEPÍN — Ya he dicho que ninguna. Pero como usted tiene más de una hija con novio...

ALF. — ¡Alto allá! Amigo Pepín: usted y sólo usted fué quien se descolgó anoche de un balcón de esta casa. Yo lo ví.

PEPÍN — ¿Que usted lo vió?

ALF. — Que yo lo ví. Y por las trazas—y esto es lo más grave—no fuí yo solo.

Pausa. Pepín vuelve á tragar saliva, cada vez más amarga.

PEPÍN — Bien... yo he ocultado en un principio... porque... claro... como siempre estas cosas se abultan... Pero lo que ocurrió no tiene nada de particular... Fué que Estrella me dijo...

D. SEG. — No se le ha llamado á usted aquí para que nos refiera el paso, que conocemos enteramente...

PEPÍN — Pues entonces no veo la tostada, y usted perdone.

D. SEG. — Pues la va usted á ver en seguida, mi joven amigo. La fama de mi hija se ha puesto en tela de juicio; anda en lenguas... Bien claro lo prueba este papel. Usted es el responsable de ello. A usted, pues, toca, como cumplido caballero, detener en su camino á la calumnia. Arrestos me sobran para acometer cuanto mi honor exige; pero en este momento yo me olvido de mis fueros de padre, y quiero esperarlo todo de su nunca desmentida hidalguía; de su inmaculada honorabilidad. No se lleva en balde el apellido que usted lleva.

PEPÍN — Abrumado por la nube que se le viene encima. Pero, bueno... Pero, entendámonos... Pero, pregunto yo... Pero... ¿Qué me quiere usted decir, don Segismundo? Porque usted debe comprender... que una chiquillada...

D. SEG. — ¡Mucho; mucho!... ¡Una chiquillada!... Cali-

fica usted el hecho perfectamente... Yo también las hice, en mi Abril... Pero hay chiquilladas de chiquilladas... y algunas que en chiquilladas empiezan, en hombradas tienen que acabar. Por mi parte ya supe no comprometer en ninguna de mis chiquilladas el quebradizo honor de una doncella.

ALF. ¡Muy bien!

PEPÍN ¿Muy bien?... ¿Quién ha dicho muy bien?

ALF. Yo.

PEPÍN No... pues no tan bien... porque... Francamente, don Segismundo... esa hombrada á que usted parece aludir... francamente... Claro que yo quiero mucho á Estrellita... y que mis intenciones siempre fueron las de casarme... pero ¡caramba!... así de golpe...

D. SEG. Pues ¿qué otro medio encuentra usted, así de golpe, como usted dice, para contener la calumnia que deshonra mi casa?

PEPÍN Pero si yo creo que no hay tal calumnia...

D. SEG. Mostrándole el anónimo. *¡Voilà!*

PEPÍN Eso es un anónimo, señor...

D. SEG. ¿Y de cuándo acá necesitó firma la calumnia?

PEPÍN Bueno, señor, pero... No es eso sólo... Son muchas consideraciones de otra índole... Yo necesito consultar con papá... que tiene un genio del diablo...

D. SEG. ¿Consultó usted con su papá para subir al balcón de mi hija?

ALF. ¡Muy bien!

PEPÍN ¿Otra vez?

TÍO CAY. Levantándose en alas de la inspiración. No, pero si hay más; si yo estoy callado porque... vamos, porque estoy callado... Pero á mí se me ocurre preguntarle á este joven: se me ocurre á mí: ¿consultó usted con su papá para subir al balcón de Estrella? ¿Eh? ¿Eh, Segismundo? ¿Consultó con su papá para subir al balcón de tu hija? ¿No le parece á usted, Alfredo? ¿Consultó con su papá...?

PEPÍN No, señor don Cayetano; no consulté... Aquí lo que hay... Llevadas las cosas así. . Porque, es natural, ustedes están apasionados... Yo lo pensaré... yo veré...

D. SEG. Ah, ¿luego vacila usted en darme la reparación que yo esperaba de su caballerosidad y de su nobleza?

PEPÍN ¿Cómo he de vacilar?... Nada de eso... Lo que es que hay cosas... mi querido don Segismundo... ¡Esta es una escena muy violenta!... Fíjese usted... fíjese usted...

ALF. Usted es el que se ha de fijar en esto que yo voy á decirle; que ya me están á mí bailando los nervios al oir tantas evasivas intolerables. Yo soy en esta casa un hijo más: á usted le consta. Bueno: pues ó nos da usted ahora mismo palabra de honor de que se casa con mi hermana ó le pego un tiro en la cabeza.

PEPÍN ¡Hombre!

D. SEG. Alfredo, no te pongas así...

ALF. Con quien no conoce su deber, así hay que ponerse.

PEPÍN No .. pues mire usted... lo que es con bravatas...

ALF. ¡Si no son bravatas!

PEPÍN Yo bien claro he manifestado mis intenciones... He dicho que me pienso casar... Pero yo soy soltero... yo soy un hijo de familia... Yo hablaré con papá... Yo les prometo á ustedes formalmente...

D. SEG. ¡Basta, Pepín, basta! No necesito oir más de tus labios. Ni podía esperar otra cosa. ¡Este cascarrabias de Alfredo es un fuguillas! Dispénsalo. Y dame á mí un abrazo fuerte: dame un abrazo en señal de paz, porque para mí tus últimas palabras, que son las de un hombre de honor, tienen toda la fuerza de una escritura pública.

Pepín, anonadado, se deja abrazar.

TÍO CAY. Yo no quiero ser menos, en vista de que su actitud es la que corresponde. Lo abraza.

ALF. Y yo uno á esos abrazos el mío, rogándole á usted, no sólo que me perdone, sino que me considere de hoy más como su hermano. Lo abraza también.

PEPÍN Gracias, señores... gracias...

D. SEG. Y ahora abriré las puertas, no alarmemos á

la familia. Abre primeramente la del foro y luego la otra, detrás de la cual aparece, temblorosa y pálida, la noble figura de doña Elvira. Rosalia está con ella. ¡Elvira! ¿Tú aquí?

D.ª ELV. Sinceramente conmovida. Sí... yo aquí... Ustedes me dispensarán... Soy una madre...

D. SEG. Vamos... vamos... Yo que no quería...

TÍO CAY. Este que no quería...

D.ª ELV. Hola, Cayetano...

D. SEG. Siéntate; tranquilízate...

TÍO CAY. Siéntate; tranquilízate...

ALF. Beba usted un poco de agua.

ROS. Pídela tú, Alfredo.

TÍO CAY. A gritos. ¡Agua! ¡Un poco de agua, en seguida! Se va por la puerta del foro.

ALF. Deje usted; yo mismo voy por ella. Se va por la puerta de la izquierda, corriendo.

D.ª ELV. Deploro darles este mal rato... Pero... ustedes se harán cargo de mis sentimientos... Una cosa así... nunca había pasado en mi casa... Soy una madre que se mira en sus hijas...

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Ya no hay que hablar de ello siquiera... Ahora no hay más que estar todos contentos... ¡muy contentos!... ¿Verdad, Pepín?

PEPÍN Sí, señor, sí... ¡contentísimos todos!

Por la puerta del foro van llegando sucesiva y apresuradamente, y con cierta inquietud, las muchachas, Tomás y Emilio Vázquez. Detrás de todos el Tío Cayetano. Alfredo vuelve por donde se marchó con un vaso de agua, que ofrece á doña Elvira.

AMAL. ¿Qué sucede? ¿Qué tiene mamá?

ROS. Nada, nada...

D. SEG. Nada, no os alarmeis.

D.ª ELV. Besándola. Nada, corazón, nada.

FIFÍ Mamaíta, ¿qué es eso?

D.ª ELV. Nada, nada, cara de gloria. La besa.

D. SEG. No es nada, no es nada.

MAR. Pero ¿qué le ha pasado á mamá?

ROS. Nada, no le ha pasado nada...

D.ª ELV. Nada, tesoro mío, nada absolutamente... La besa también.

EST. ¿Qué ha sido?¿qué ha sido?

D.ª ELV. ¡Estrella!

D. SEG. Nada, nada... ¿Cómo se ha de decir?

ROS. Nada, mujer, nada...

D.ª ELV. ¡Ven acá, hija de mi sangre, ven acá! La besa y la abraza con ardimiento.

TOM. ¿Se ha puesto mala doña Elvira?

EMIL. ¿Se ha puesto mala?

D. SEG. No, señor... son los nervios... Gracias por su atención...

D.ª ELV. Muchas gracias...

TÍO CAY. ¿Pasó? ¿pasó ya?

ALF. Ande usted: tome un poco de agua, señora.

MAR. Pero ¿qué ha habido? ¡Porque algo ha tenido que haber para esto!...

D.ª ELV. Nada... no ha habido nada... Que yo soy muy tonta...

D. SEG. ¡Ha habido! ¡ha habido! ¡Yo diré lo que ha habido! ¡Esto es hijo de la emoción natural y de la alegría! Al enterarse vuestra madre de que el señor don José Castrolejo, que tanto nos honra con su amistad, quiere formalizar sus relaciones con Estrella para casarse en breve plazo, se ha conmovido profundamente...

General explosión de alegría. Todas las caras resplandecen, menos la de Pepín.

ROS. ¡Eso ha sido!

ALF. ¡Eso ha sido!

EST. A Pepín. ¡Tunante! ¡mira qué callado me lo tenías!

MAR. ¡Qué malo es usted! No nos había dicho una palabra.

AMAL. ¡Dame un beso, Estrella!

MAR. ¡Y otro á mí!

FIFÍ ¡Y otro á mí!

ROS. ¡Y á mí otro!

D.ª ELV. ¡Y ciento á tu madre!

La besan todas.

TOM. Abrazando á Pepín. ¡Que sea enhorabuena! ¿No se lo anuncié yo á usted hace tiempo?

PEPÍN Balando lo mismo que un borrego. ¡Jeeeee!

EMIL. Reciba usted mi felicitación. Sí.

PEPÍN Sí. Tantas gracias.

TOM. ¡Pues, señores, yo reviento si me lo callo!

D. SEG. ¿Qué hablas tú, buena pieza?

TOM. ¡Que reviento si me lo callo! ¡Que esa boda no será sola en plazo breve!

D. SEG. ¿Cómo?

D.ª ELV. ¿Qué?

TOM. ¡Que Amalia y yo también nos vamos á casar muy pronto! Nueva explosión de alegría. ¿Verdad, don Cayetano?

TÍO CAY. ¡Verdad, Tomasillo! Lo abraza.

TOM. ¿Verdad, don Segismundo?

D. SEG. Abrazándolo. ¡Verdad y muy verdad!

MAR. ¡Mira Amalia también! ¡A la chita callando!

D.ª ELV. ¡Déjame que te coma, delirio de tu madre! Besa efusivamente á Amalia. Todas sus hermanas la besan asimismo con gran júbilo.

ROS. Aparte á Alfredo, radiante de satisfacción. (¡Dos menos, Alfredo de mi alma! ¡Ya está más cerca nuestra dicha!

ALF. Lo mismo á ella. ¿Cómo si está más cerca? ¡Este verano las casamos á todas!)

TÍO CAY. ¡Pues yo digo otra cosa además! ¡Sí, señores! ¡Yo digo que esas dos bodas tienen ya padrino! ¿Eh? ¡Que esas dos bodas tienen ya padrino! ¡El tío Cayetano! Aplausos.

D. SEG. ¡Cayetano! Lo abraza

D.ª ELV. ¡Querido Cayetano! Lo abraza también. ¡El de siempre! ¡el de siempre!...

Extraordinaria alegría. La madre y las hijas se deshacen las caras á besos y los cuerpos á abrazos, chillando de dicha, y los caballeros se abrazan jovialmente. Pepín no se da cuenta de lo que le ocurre. Emilio Vázquez abre los brazos de cuando en cuando á ver si alguien cae en ellos, porque se considera en ridículo sin abrazar á nadie.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Jardincillo de una casita de recreo en un pueblo cercano á Madrid, en la Sierra. La casa está á la izquierda del actor. Una verja de madera, pintada de verde, limita por el foro el jardín, cuya entrada se supone á la derecha. Al fondo, á lo lejos, montes y pinares. Mecedoras de rejilla y butacas de mimbre. Un velador de hierro. Es á la caída de la tarde, en el mes de Agosto.

Doña Elvira, sentada en una butaca, cose. Marín aparece tras la verja del foro, y la llama.

MARÍN — Sch... sch... ¡Doña Elvira!

D.ª ELV. — Sin ver á quien la llama. ¿Quién?

MARÍN — ¡Doña Elvira! Aquí: en la verja.

D.ª ELV. — Viendo á Marín y levantándose alborozada. ¡Marín! ¡Querido Marín! ¡Qué sorpresa tan agradable!

MARÍN — ¿Dónde está la entrada?

D.ª ELV. — Ahí abajo: á la vuelta.

MARÍN — Pues en seguida voy. Desaparece hacia la derecha.

D.ª ELV. — ¡Cuánto me alegro! Llamando á su colaborador. ¡Segis! ¡Segis! ¡Mundito!

De la casa sale don Segismundo en traje de campo.

D. SEG. — ¿Qué quieres, Elvira?

D.ª ELV. — ¿Sabes? Marín está ahí: ahora va á entrar á vernos.

D. SEG. — ¿Hola?

D.ª ELV. ¡Consecuencias de la postalita de Marucha! ¡Qué talento tienes!

D. SEG. Saliendo con los brazos abiertos al encuentro de Marín, que asoma por la derecha. ¡Entre usted, perdido, entre usted; que no hay perro!

MARÍN ¡Ja, ja, ja! ¿Qué tal, don Segismundo?

D. SEG. Bien, ¿y usted, querido Marín?

MARÍN ¡Como nuevo estoy! ¿Y usted, mi buena doña Elvira? Ya la veo tan simpática como siempre.

D.ª ELV. Gracias; muchas gracias.

D. SEG. Ofreciéndole una butaca. Siéntese usted.

MARÍN ¡Lo que me ha costado dar con la casa!

Se sientan los tres.

D. SEG. Pero ¡qué bien se ha puesto! ¿Verdad, Elvira? Es otro, enteramente.

MARÍN Dígaselo usted á ella. ¿Eh? Usted creyó que no lo contaba, cuando la recaída.

D.ª ELV. El que lo creyó fué usted, grandísimo aprensivo.

MARÍN La verdad es que no podré olvidar nunca las atenciones que conmigo han tenido ustedes. Ni mi madre tampoco.

D. SEG. ¡Ah! La madre... la madre...

D.ª ELV. Pues á pesar de todo, grandísimo tunante, confiéselo usted, si Marucha no le pone una postalita llamándolo al orden, aun estando esto á cuatro pasos de Madrid, se va usted á su tierra sin venir á vernos.

MARÍN ¡Eso sí que no! Soy agradecido.

D. SEG. ¿Pero Marucha le ha puesto á usted una postal? ¡Diablo de chiquilla!

MARÍN Sí, señor: insultándome. Bueno: como puede insultar Marucha.

D. SEG. ¡Ja, ja! Maruchita—ahora que no nos oye ninguna, y no se pueden encelar,—Maruchita es la perla de la casa.

MARÍN Sí, señor, sí. ¿Y qué noticias hay de los recién casados?

D. SEG. ¡Mieles y rosas! ¿Cuáles ha de haber?

D.ª ELV. Para Estrella y Amalia, Pepín y Tomás son los mejores hombres del mundo; y para cada uno de ellos, su mujer es la reina de la tierra. ¡Hijas de mis amores! ¡Qué felices son!

MARÍN ¿Y las otras, andan de paseo?

D. SEG. Sí; de paseo andan. ¡Lo que ellas van á sentir no ver á usted!

D.ª ELV. Ya se esperará un poco, á ver si vuelven.

MARÍN ¡No que no! Es bonita la casa. Y el jardín es muy amplio.

D.ª ELV. La entrada, como usted habrá visto, es hermosísima. Ahí á la parte de atrás tenemos también algo de gallinero, un corralillo...

D. SEG. No nos faltan comodidades. Todo ello debido á la mano pródiga que nos favorece de continuo. Cayetano vió á Marucha delicadilla...

MARÍN ¿A Marucha?

D. SEG. A Fifí; ha sido un *lapsus linguæ*... Y se empeñó en tomarnos esta casita para que pasásemos en ella el mes de Agosto. Aquí hay montes, hay pinos, hay aires puros, buenos alimentos, buena leche... A los ocho días se le conocía el cambio á la criatura.

MARÍN ¿Y don Cayetano está aquí con ustedes?

D. SEG. Sí, señor: aquí está. Fué condición que yo le impuse para aceptar su obsequio: que había de disfrutar de la casita ocho ó diez días siquiera.

MARÍN Leí en un periódico que lo habían nombrado presidente de no sé qué Centro...

D. SEG. De uno de estos Centros regionales de nueva creación. Ahora se entretiene en escribir el discurso de apertura. Muy bonito lo lleva.

MARÍN ¿Se restableció fácilmente de aquel amago de congestión?

D.ª ELV. ¡En seguida! No tuvo importancia.

D. SEG. Algo de bilis... unos gases... Sin embargo, él anda preocupado. En voz más baja. Cuando usted lo vea, no se canse de ponderarle lo bien que lo halla, lo ágil y lo joven que lo encuentra... ¡Por desimpresionarlo!

MARÍN Descuide usted: yo sé lo que se agradecen esas cosas.

D.ª ELV. ¿Y va usted á pasar aquí algunos días?

MARÍN No, señora; he venido sólo por despedirme de ustedes. Me marcho esta noche en el úl-

timo tren, y mañana saldré al fin para Asturias.

D. SEG. ¡Caramba!

D.ª ELV. ¡De verdad que lo siento! Pero es tan natural que sus padres tenga impaciencia por abrazarlo... Su madre sobre todo.

D. SEG. ¡Ah! La madre... la madre...

MARÍN Yo no he querido parecer por allá hasta llevar cara de salud.

D.ª ELV. ¿Cenará usted con nosotros esta tarde?

D. SEG. ¡Ya lo creo! ¿Quién piensa en otra cosa?

MARÍN Lo agradezco en el alma, pero...

D. SEG. Ese *pero* se lo guarda usted para merendar, como diría mi yerno Pepín, que es muy dado al chiste.

MARÍN Es que en el tren me ha invitado un amigo.

D. SEG. ¡Pues que también venga ese muchacho!

MARÍN No es un muchacho. Es un señor que tiene aquí á su mujer y á toda su familia...

D. SEG. ¡Ah!... Dígale usted que lo hemos comprometido en tales términos que no le dejamos escapar.

D.ª ELV. ¿Quiere usted enviarle dos letras?

MARÍN No, no hace falta: iré yo en persona. Ya lo convenceré. Porque, la verdad, me es más grato cenar en compañía de ustedes que en la suya.

D. SEG. Esa preferencia nos honra.

D.ª ELV. ¿Lo esperamos á usted, entonces?

MARÍN Desde luego. El vive aquí muy cerca. Me llego en un salto, cumplo con él y vuelvo en seguida.

D. SEG. ¡Ajajá! Pues hasta ahora.

MARÍN Hasta ahora. Vase por donde salió.

Doña Elvira y don Segismundo lo saludan con la mano despidiéndolo. Cuando se supone que ha salido ya del jardín, doña Elvira va á abrazar á su esposo, toda regocijada.

D.ª ELV. ¡Mundo! ¡Mundito!

D. SEG. Deteniéndola. Quieta.

D.ª ELV. ¿Cómo?

D. SEG. Quieta.

Pasa Marín por detrás de la verja del foro, hacia la izquierda, y saluda.

MARÍN Hasta ahora.

D. SEG. Con extremada amabilidad. ¡Adiós!

D.ª ELV. ¡Adiós!

D. SEG. Ya puedes abrazarme, Elvira.

Se abrazan, en efecto.

D.ª ELV. No acabas de sorprenderme, Mundo.

D. SEG. Pues estoy disgustado conmigo mismo. Decaigo, decaigo... Dos veces he querido decir una frase sobre el amor de madre, y no se me ha ocurrido nada feliz. Decaigo, decaigo...

D.ª ELV. Calla, Mundo: ¿qué has de decaer? Nuestras hijas van casándose todas á gusto nuestro, y ¿á quién sino á tí se debe el milagro?

D. SEG. El chispazo de la inspiración habrá sido mío, Elvira, pero la musa has sido tú.

D.ª ELV. Enternecida. ¿Yo?

D. SEG. Tú. Y el ideal lleva camino de realizarse enteramente. ¡Lástima que el apellido Caín no se perpetúe!

D.ª ELV. Discretamente ruborosa. ¿Qué sabemos aún?...

D. SEG. ¿Cómo?

D.ª ELV. Que aún no sabemos...

D. SEG. ¿Qué?

D.ª ELV. ¿Recuerdas lo que te indiqué hace unos días en tono de chanza? Pues acaso resulte verdad...

D. SEG. ¿Sí?

D.ª ELV. Sí.

D. SEG. ¡En el nombre del Padre!

D.ª ELV. Nos ha rodeado tanta dicha estos últimos meses... hemos suspirado tanto por la felicidad de nuestras hijas... que Dios tal vez haya querido otorgarnos un nuevo premio...

D. SEG. Mirando al cielo, humorísticamente. ¡Gracias, Señor de las alturas! ¡Pero estabas cumplido con nosotros!

D.ª ELV. ¿Qué dices? Bien venga lo que sea.

D. SEG. ¡Oh, sí! Bien venga.

D.ª ELV. Me voy á prepararle á Marín un plato muy dulce.

D. SEG. Pues yo, hasta mañana ya, no vuelvo á mis cuartillas.

D.ª ELV. ¿A qué cuartillas? ¿Traduces aquí?

D. SEG. No. Aquí, creo. Te lo revelaré, ya que estámos de confidencias importantes, aun haciendo traición á mi temperamento, que ama la vida interna. Estoy escribiendo... el discurso que *está escribiendo* Cayetano.

D.ª ELV. ¿Ves? ¡Y hablas de decadencia!... ¡Cuando te digo que no acabas de sorprenderme!

D. SEG. Pues... ¿y tú á mí? La mira de un modo indescriptible. Ella se va por detrás de la casa, mirándolo á él con una sonrisa tan dulce como el plato que piensa prepararle á Marín. ¡Bien, bien, bien! ¡Perfectamente bien!... ¡Mucho, señor, mucho! Ya saldrá, ya saldrá... Pasea. Por detrás de la verja, de izquierda á derecha, atraviesa Marucha corriendo. Luego pasan Rosalía y Fifí. ¿Adónde irá esa golondrina? Ah, que también vienen las otras. Pero ¿y Alfredo? ¿No salió con ellas Alfredo?

MAR. Presentándose alborozada por la derecha No me lo digas, porque ya lo sé. Hemos encontrado á Marín. Va á cenar con nosotros. Alfredo se ha ido á acompañarlo para que no se pierda á la vuelta. ¿Y mamá? ¿Dónde está mamá?

D. SEG. Preparando un dulce para el convidado, precisamente.

MAR. Allá voy yo á darle una idea. Se marcha por detrás de la casa.

D. SEG. A Fifí, que llega muy cariacontecida, con Rosalía ¿Y á tí que te sucede, Fifí? ¿Qué gestillo es ese de disgusto?

ROS. Que la viene siguiendo un pollito... y ya sabes tú lo que eso la enfada. ¡Como si fuera una vieja pilonga!

FIFÍ ¡Pues no quiero, no quiero, ¡ea! no quiero!...

D. SEG. Mujer, pero si le has gustado al chico...

FIFÍ ¡Pues no quiero!...

ROS. Es tonta de remate.

FIFÍ ¡No quiero, no quiero!...

ROS. Pues eres tonta, aunque no quieras. Fíjate, papá; ahí viene él.

Fifí se vuelve de espaldas á la verja. El Pollito pasa por el foro de izquierda á derecha. Don Segismundo y Rosalía lo observan. Nuestro hombre aparece de un color y se va de otro, porque no contaba con la ex-

pectación de la familia. Cuando ya no se le ve suelta la risa Rosalía.

D. SEG. No te burles, no. Tiene una apostura muy gallarda... Yo jamás he visto una quisquilla tan esbelta.

FIFÍ Gimoteando. ¡Pues no quiero, no quiero!... ¡Todos se ríen de mí!... ¡No quiero, no quiero!... Entrase en la casa.

ROS. ¡Lo peor es que cada día está más tonta!

D. SEG. Puede que eso sea lo mejor.

ROS. Puede. Y ya ves que le salen partidos; porque ¡como es tan mona!... Pero no se le acerca un muchacho que no se vaya haciéndole fu. ¡Jesús, qué chiquilla!

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Dices perfectamente.

ROS. En Madrid, si ella pone un poco de gracia de su parte, entra en relaciones con el autor aquel que llevó Alfredo.

D. SEG. Aquel autor tenía tanta gracia que era muy difícil hacerle ninguna. Sí. La verdad en su punto.

ROS. ¿Y el hijo del juez, que le presentó Alfredo la otra mañana? ¡Desesperado se fué el chico! Es incasable: incasable. Convéncete, papá.

D. SEG. ¿Incasable has dicho? ¿Incasable? Es palabra que no enseño en ningún idioma. Ni la traduzco: le tengo guerra declarada.

ROS. Pues lo que es en esta ocasión...

D. SEG. Ya saldrá, ya saldrá...

ROS. Mirándolo maliciosamente. ¿Que ya saldrá?... ¿Sabes que estoy atando cabos y que me figuro tus planes?

D. SEG. ¿Tú... mis planes?

ROS. Sí. Yo... tus planes. ¡Vaya!...

D. SEG. Sonriente No lo dudo... No en balde eres mi hija... Me alegro, me alegro... Sabes que aprecio en lo que vale tu colaboración... Ya saldrá, ya saldrá... Sacando un libro del bolsillo. Vamos á mi banquito, á conversar un rato con mi buen amigo Platón.

Retírase por la derecha. Alfredo llega precipitadamente por la izquierda del foro, y desde detrás de la verja habla con Rosalía.

ALF. ¡Rosalía!

ROS. ¿Eh? ¿Quién? Dios le ampare, hermano.

ALF. Oyeme una cosa.

ROS. Dios le ampare.

ALF. Vamos, mujer...

ROS. Espere un momento: voy á ver si han quedado mendrugos. ¡Brígida! ¿hay mendrugos? Pues sabe usted que no hay mendrugos. Perdone usted por Dios.

ALF. Hechizado. Bueno, y si no hay mendrugos, ¿no tiene usted un traguito de agua que darme, hermanita?

ROS. La contestación este otoño.

ALF. ¡Ja, ja, ja!

ROS. Oye: ¿á qué venías tan sofocado? ¿Qué has hecho de Marín?

ALF. Eso me traía. Su amigo se ha empeñado, ya que no cenan juntos, en que tomemos una cerveza los tres.

ROS. ¿Y no tienes dinero?

ALF. ¡Guasona! Tengo un tesoro, que eres tú.

ROS. A mí no me tienes.

ALF. ¿No, verdad? La contestación este otoño.

ROS. ¡Ja, ja, ja!

ALF. En serio: di á tus padres que no se impacienten si tardamos: que Marín corre de mi cuenta. Estoy convenciéndolo para que pierda el tren.

ROS. ¿Ah, sí? Bien hecho.

ALF. ¡Y que se quejen de mí tus hermanitas!

ROS. De tí no se queja aquí nadie, más que yo.

ALF. Ya te quejarás con razón. ¡Te voy á dar muy mala vida!...

ROS. ¿Muy mala?

ALF. Muy mala.

ROS. Acercándose más á la verja, con zalamería. ¿Muy mala, muy mala?... No será tanto, ¿eh?

ALF. Suspirando. ¡Ay, Rosalía!

ROS. Mira; vete á tomar la cerveza.

ALF. Es un buen consejo. Adiós.

ROS. Adiós. Se queda junto á la verja viéndolo irse.

ALF. Dentro ya. Adiós.

ROS. Adiós. Le sopla un beso que pone en la palma de su mano izquierda. Después recoge graciosamente en el aire otro que se supone que le manda Alfredo; vacila

entre llevárselo á la boca ó guardárselo, y al fin se lo guarda diciendo: Para postre. Márchase por detrás de la casa.

Sale de ella el Tío Cayetano, bostezando y desperezándose, en faz de haber dormido una siesta de cuatro horas.

TÍO CAY. Pues, señor, no vuelvo á dormir más la siesta.

D. SEG. Desde dentro. ¡Hola!

TÍO CAY. ¿Eh?

D. SEG. ¡Ven con Dios, hombre, ven con Dios! Sale. ¿Qué decías?

TÍO CAY. Nada: que no vuelvo á dormir más la siesta. Me levanto de un humor de perros... con mal sabor de boca... se me corta la *indigestión*... ¡Bah!

D. SEG. A mí lo que me suele suceder es que se me paraliza el cerebro, y no puedo pensar en algunas horas.

TÍO CAY. Igual me pasa á mí. Ahora yo no puedo pensar nada, no te creas.

D. SEG. Me lo explico, me lo explico perfectamente... Pero á bien que aquí no hemos venido á pensar mucho, ¿verdad, Cayetano? sino á darle al cuerpo y al espíritu un poco de expansión.

TÍO CAY. Eso: un poco de expansión. Bostezando. ¡Aaaaah! Mientras más se duerme más se quiere dormir. Se sienta.

D. SEG. Yo lo que deploraría, querido, sería que te aburrieses.

TÍO CAY. ¡Quita allá!

D. SEG. Esta vida en familia, apartada, serena, que para mí tiene tan grato perfume, quizás á tí, espíritu inquieto, voluntad independiente, te resulte empalagosa, sosilla... ¿No?

TÍO CAY. ¡De ninguna manera! ¡Al revés! Pues si yo soy un hombre que... Yo... yo... Precisamente yo... A mí dame tú... Claro que uno... uno... No siempre las cosas... ¿eh? no siempre... Porque yo... yo...

D. SEG. ¡Es claro! Te comprendo muy bien: no porque tú hayas permanecido célibe...

TÍO CAY. No, no, pero si eso de célibe... eso... eso es gana de murmurar que tienen algunos...

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Hasta de Dios dijeron. Me refería yo á que nada tiene que ver que tú, por los azares de la vida, hayas dejado de constituir una familia, para que puedas comprender y apreciar los encantos de la vida doméstica; lo que la familia significa para el hombre; el ánimo que le presta en la adversidad... en la desgracia...

TÍO CAY. Ahí va, ahí va... El ánimo... el... ¿eh?... La vida doméstica... la... ¿eh? Porque hay momentos... hay momentos...

D. SEG. No te canses: ya sé por donde vas.

TÍO CAY. ¿Eh? Hay momentos... ¿eh?

D. SEG. ¡Y dices que no se te ocurre nada cuando duermes la siesta!... En la vida hay momentos que son toda la vida. ¡Qué bien lo has visto, Cayetano!

TÍO CAY. ¡Eso: toda la vida!

D. SEG. Más de una vez he hablado yo con mi mujer, y con Fifí, que es muy sentadita, de tu amargura inmensa la noche aquella en que te dió el amaguillo cerebral.

TÍO CAY. ¡Oh!

D. SEG. ¡Verte solo en tu casa, sin más asistencia que la de tus criados, que por fieles que sean no pasan de ser servidores; sin una mano querida que estrechar, sin unos ojos en que fijar los tuyos y que te miraran como sólo miran los de los hijos y los de las esposas!... Horrible, horrible.

TÍO CAY. Inquieto, nervioso, pálido. Horrible... es muy cierto. Te juro que pasé un ratito... Horrible, Segismundo... No me quisiera ver en otra, no.

D. SEG. Ni hay que pensar en ello, tonto... Por fortuna tu salud es de roble: tienes una energía juvenil que yo te envidio cordialmente... Pero, ¿me permites que te haga una pregunta, hija de una idea que ahora mismo entra en mi cerebro, con la fuerza de la inspiración momentánea?

TÍO CAY. Sí, hombre... ¿Por qué no? Pregunta lo que quieras.

D. SEG. Vas á perdonarme lo que pueda haber en

ella de impertinente ó de indiscreto; pero tal como se me ha ocurrido, allá va. *Mirándolo con atención, y dándole un rápido golpecillo en un hombro.* ¿Por qué no te casas?

TÍO CAY. *Riéndose como quien se siente halagado por la pregunta.* ¡Ja, ja, ja!... Por qué no me caso... No está mal... no está mal... Por qué no me caso... Me ha hecho gracia la idea... ¡Ja, ja, ja!

D. SEG. Sí, señor, sí: y me atrevo á repetirte la pregunta: ¿por qué no te casas?

TÍO CAY. No, si ya lo he pensado yo muchas veces... Yo ya... ¿eh?... ya yo... Pero ¡como siempre he sido un *turista* ...

D. SEG. ¡Anda con Dios!

TÍO CAY. Sí, hombre, sí: un *turista*... ¡Siempre he sido un *turista!*...

D. SEG. *Jovialmente* Mira, mira, no te me vengas á mí con historias... ¿Qué es eso de un *turista?*

TÍO CAY. ¡Pues un *turista!* ¡La palabra lo dice, señor! Un hombre que come bien, bebe bien... y le gustan las buenas mujeres.

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Y es verdad: ¡siempre has sido un *turista.* Pero aun así, á pesar de esas aficiones, me declaras que muchas veces has pensado en el matrimonio...

TÍO CAY. Ah, sí: he pensado... ya lo creo que he pensado .. Antes, ¿eh? antes... ¿A mi edad ya quién...?

D. SEG. ¡A tu edad! ¡á tu edad! ¡Chistosa callejuela! ¡Ja, ja!

TÍO CAY. *Halagadísimo.* ¿Te ríes, eh?

D. SEG. ¿No me he de reir, grandísimo *turista?* ¿No me he de reir? Tú lo sabes mejor que yo: eso de la edad es el mayor de los convencionalismos. En rigor, no hay edades. Hay quien se muere á los seis meses y quien se muere á los noventa años... ¿Cuál era el más viejo? ¡El de los seis meses, que se murió antes!

TÍO CAY. Eso sí: eso es una verdad muy profunda. Hay quien se muere á los seis meses.

D. SEG. ¡Más es! ¡Hay quien teniendo veinticinco años, tiene sesenta!...

TÍO CAY. ¡Justo! ¡te lo iba yo á decir! ¡Como hay quien teniendo sesenta!... ¿eh?

D. SEG. ¡No tiene más que veinticinco!

TÍO CAY. ¡Justo! ¡justo!

D. SEG. ¡En mi casa, sin ir más lejos, lo ves! Rosalía es mi hija mayor: Fifí es la más pequeña: ¡pues ahí están ellas dándole un mentís á la edad! La mayor es Fifí, y la más pequeña es Rosalía. ¿Por qué? ¡Porque Rosalía tiene la ligereza y la sangre de una chicuela de quince abriles, y Fifí tiene toda la cachaza y todo el sosiego de una mujer de cuarenta años!

TÍO CAY. Sí; sí. Ya lo he notado yo.

D. SEG. Riéndose. ¡Pero has tenido muchísima gracia! ¡La tapaderilla de la edad que se busca! ¡Ja, ja! Me voy, me voy... porque no quiero andar con viejos... no se me peguen los alifafes... ¡Está bien! ¡está bien!... ¡Lo que tú eres un empedernido *turista!*... ¡Eso es lo que tú eres! *¡Turista!* ¡más que *turista!*... ¡Me ha hecho llorar el demonio del hombre!

Entrase en la casa, llorando materialmente de risa. El Tío Cayetano también ríe.

TÍO CAY. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué Segismundo este!... ¿eh? ¡Cómo se ha reído!... ¡Claro! yo... yo...

Llegan por la derecha. Alfredo y Marín.

MARÍN ¡Caramba! ¡Señor don Cayetano!...

TÍO CAY. ¡Oh, señores! Queridísimo Marín, ¿qué tal va ese valor?

MARÍN Ya parece que hemos echado la ruina fuera. Muchas gracias.

TÍO CAY. ¡Vaya, hombre, vaya!

MARÍN ¡A usted sí que lo encuentro al pelo! ¡Pero al pelo!

TÍO CAY. ¿Sí, eh?

MARÍN Sí, señor: unos colores envidiables, un aspecto de salud que da gozo. ¿Verdad, Alfredo?

ALF. Como que esto le está sentando muy bien.

TÍO CAY. Ah, sí: esto me está sentando muy bien.

MARÍN Muy bien, es poco: ¡archibién! ¡Si parece usted un muchacho! ¡Qué fuego en la mirada! ¡qué lozanía! Yo, como le he visto las orejas al lobo, nada envidio ya como la salud.

TÍO CAY. ¡Asomó el aprensivo! Porque este es un aprensivo muy grande.

ALF. Incorregible.

TÍO CAY. No sea usted aprensivo, hombre de Dios. La ciencia ha adelantado mucho. ¡Ya se muere muy poca gente!

MARÍN Toda la que nace, don Cayetano. ¡Pero ni con usted ni conmigo va eso ahora!

Sale de la casa Fifí. En el delantal trae un poco de trigo.

FIFÍ Sorprendida. Ay, buenas tardes. No sabía que estaba usted aquí.

ALF. Avisaré yo á todos. Entrase en la casa.

MARÍN ¿Cómo sigue usted?

FIFÍ Bien ¿y usted?

MARÍN Perfectamente ya; muchas gracias.

TÍO CAY. ¿Adónde vas con ese trigo, Fifí?

FIFÍ A echarles de comer á las gallinas. Con permiso de ustedes.

TÍO CAY. Aguarda, mujer, aguarda un poco. Te acompañaré yo en la empresa. ¡Ja, ja, ja! A Marín. Es una muchacha... pero tiene cuarenta años. Hasta ahora, querido Marín; hasta ahora.

MARÍN Adiós, don Cayetano; adiós. Fifí se va por detrás de la casa y el Tío Cayetano la sigue. ¡Qué simpática es la familia esta!

Sale Marucha de la casa.

MAR. ¡Dichosos los ojos, amigo Marín.

MARÍN ¡Oh, Maruchita! ¿Cómo va?

MAR. Es usted muy malo, muy malo: el más malo de todos.

MARÍN ¿Por qué soy tan malo?

MAR. Siéntese usted y se lo diré. Se sienta ella. ¿O es que está usted ya rabiando por irse? ¿Nos va usted á hacer visita de médico?

MARÍN Todo lo contrario: de enfermo.

MAR. Con interés mimoso. ¿De enfermo?...

MARÍN De enfermo... ya curado y agradecido.

MAR. ¡Ah! Me asustó usted. Vamos, ¿no se sienta?

MARÍN ¿Cómo no?

MAR. ¡Ay, qué lejos! ¿Usted se cree que yo me como á los asturianos?

MARÍN ¡Ojalá! Se sienta cerca de ella. Todos los astu-

rianos, desde don Pelayo inclusive, se dejarían comer por usted.

MAR. ¿Sí, verdad? ¡Mira qué malo ha salido de las calenturitas! ¡Pícaro! ¡más que pícaro! Si no paso el bochorno de escribirle yo una postal, no viene usted á despedirse. ¡Malo! ¡Con los calditos que yo le preparaba!...

MARÍN Pero, Maruchita, ¿de veras cree usted que iba yo á despedirme á la francesa?

MAR. Y tan de veras como lo creo.

MARÍN Ah, pues no: modifique usted su juicio sobre mi persona, porque entre mis innumerables defectos, el de ser ingrato no cuenta. Se lo aseguro á usted.

MAR. ¿Y el de ser hipócrita?

MARÍN Ese menos: no sé fingir. Por eso á veces paso por huraño y adusto: porque no sé fingir.

MAR. ¡Anda! Se ha puesto serio.

MARÍN Para que usted me crea. Y porque es bien serio lo que siento. La gratitud que me liga á ustedes durará lo que dure mi corazón.

MAR. Ay, lo que se me ocurre...

MARÍN ¿Qué?

MAR. Nada: no se lo digo... Soy muy tonta. Siga usted hablando, Marín.

MARÍN Yo no puedo olvidar que en una crisis de mi vida, me he visto enfermo lejos de mis padres, y de mi casa, y de mis montañas... y que su madre de usted, Marucha, velándome la fiebre á la cabecera, alguna vez llegó á parecerme la mía. Esto yo no puedo olvidarlo.

MAR. ¡Qué bueno es usted, Marín! Pero ¡qué bueno, qué bueno! Aquello de malo que le dije antes era de broma. Yo no he visto nunca un hombre más bueno.

MARÍN Bueno ó malo, Marucha, ingrato es lo que desde luego no soy. Puede usted creer que si dejo á Madrid con pena, es sólo por ustedes.

MAR. ¿Por ustedes? ¿Y quiénes son ustedes?

MARÍN Ustedes: sus padres, sus hermanas, usted...

MAR. Usted... no es ustedes.

MARÍN ¡Claro! Usted es usted.

MAR. Yo.

MARÍN La firmante de la postalita gracias á la cual estoy yo aquí.

MAR. No sea usted malo, que ya le he dicho á usted que es bueno. Y no finja usted; que lo que menos le importa de Madrid es la firmante de la postalita.

MARÍN Le repito á usted que no finjo. Cuando no siento una cosa no la digo jamás.

MAR. Entonces yo no sé qué pensar de usted... ¡Ay, qué hombre más malo!

MARÍN Pero veo que otorga usted títulos de bondad y de maldad con gran ligereza.

MAR. No, señor; sino que si usted se va de Madrid apenado porque me ha conocido y siente dejarme... pues usted es muy malo, Marín.

MARÍN ¿Malo porque siento dejarla á usted? Pues ¿no era malo porque me iba tan fresco, según usted creía?

MAR. Sí, es verdad: y es usted muy bueno.

MARÍN ¿Muy bueno?

MAR. Muy bueno. Pero... francamente... me mira usted de un modo, que es usted muy malo.

MARÍN ¿Vamos á dejarlo en regular?

MAR. Eso es: regular de malo y regular de bueno. Con unos granitos más de malo.

MARÍN ¡Ja, ja, ja!

MAR. Y yo ¿cómo le parezco á usted? ¿Mala ó buena?

MARÍN Muy mala.

MAR. ¡Qué pronto lo ha dicho! Pero eso es broma; es usted muy malo: porque si le pareciese tan mala... no le importaría á usted dejarme. Ya lo cogí.

MARÍN Efectivamente; me cogió. No hay réplica.

MAR. No; de verdad. En serio, como se puso usted antes, Marín: ¿qué le parezco á usted?

MARÍN ¡Preciosa!

MAR. ¡Ay, qué malo!...

MARÍN Tan preciosa, Marucha, tan atractiva...

MAR. Por Dios... Leopoldo... no me vaya usted á decir una cosa muy mala que le estoy leyendo á usted detrás de los ojos...

MARÍN ¿Y es muy mala esa cosa, Marucha?

MAR. No... muy mala, no: regular de mala, también.

MARÍN Como yo, entonces: eso le probará á usted que es sincera.

MAR. Pero de todos modos no me la diga usted ahora... que me va á dar muchísimo *pavo*...

MARÍN Si usted ya la ha leído ¿para qué tengo yo que decírsela?

MAR. ¿Y si me he equivocado en la lectura, Marín?

MARÍN No; no se ha equivocado usted, Maruchita.

MAR. ¡Ay, qué malo! Digo, no: ¡ay, qué bueno!... ¡Jesús bendito! El tío Cayetano viene ahí... Y nos va á ver juntos... y se va á pensar cualquier cosa muy mala... Yo me marcho... Leopoldo... Hacia allá, ¿sabe usted?... Voy á sentarme en aquel banquito... Usted haga lo que quiera... Cogeré mientras una flor y le preguntaré una cosa... Se retira por la derecha, sin dejar de mirar á Marín.

MARÍN ¡Es encantadora esta chica! ¡Qué atractivo tiene! Me da el corazón que he hecho un viaje completo.

Sale el Tío Cayetano por donde se marchó.

TÍO CAY. ¿Qué es eso, hombre? Pero ¿aún está usted aquí solo?

MARÍN No, señor, no: estaba bien acompañado. Hablaba con Marucha, que se ha ido allá... á coger unas flores...

TÍO CAY. Ah, vamos, con Marucha. Es verdad, sí: allá la veo. ¿A coger flores, eh?

MARÍN Ocupación de jóvenes, don Cayetano.

TÍO CAY. Justo; sí: eso iba yo á decirle: los jóvenes, ¿eh? á coger flores. ¿Eh? ¡A coger flores!

MARÍN Pues todavía puede usted coger alguna. ¡Por que usted se conserva que es un gusto!...

TÍO CAY. ¿Sí, eh?... Hombre, yo... la verdad... Oiga usted, yo siempre he pensado que eso de la edad no existe...

Marín no quita ojo al sitio por donde Marucha se fué.

MARÍN ¿Que no existe la edad?

TÍO CAY. No existe, no... porque... Usted vea: hay quien se muere á los seis meses y quien se muere á los noventa años... ¿eh? ¿Cuál es el

más joven? ¡Pues el de noventa años... porque el otro se muere antes! ¿Eh? ¿eh?

MARÍN Sí, señor, sí. Temo que Maruchita se aburra. Voy allá...

TÍO CAY. En esta casa misma está el ejemplo: la mayor de las muchachas es Rosalía, y Fifí es la menor. Bueno, pues... ¿usted no lo ha notado? ¡Fifí parece que tiene cuarenta años y Rosalía diez y seis!... ¿Eh? ¿eh? ¿eh?

MARÍN Ah, justo, sí: esa observación es muy buena.

TÍO CAY. ¿Eh? Rosalía...

MARÍN Que sí, que sí: Rosalía es la menor siendo la mayor y Fifí la mayor siendo la menor. Entendido. Pero Maruchita es el término medio, que es el mío por ahora. Dispénseme usted, querido amigo. Se va con Marucha.

TÍO CAY. ¡El término medio! ¡Qué gracioso! Ya yo se lo iba á decir... pero él se anticipó.

Salen de la casa Alfredo y Rosalía.

ROS. Aquí te pillo, aquí te cojo.

TÍO CAY. ¿Eso es á mí?

ALF. A usted, á usted mismito.

ROS. Prepárese usted: se trata de un tiro á quema ropa.

TÍO CAY. ¿De un tiro?

ALF. Sí, señor.

ROS. Verá usted el asunto: Alfredo me quiere un disparate.

ALF. La quiero un disparate.

ROS. Yo lo quiero á él otro disparate.

ALF. Ella me quiere á mí otro disparate.

ROS. Y otro disparate que pensamos hacer este otoño...

ALF. Son tres disparates.

ROS. ¿Usted apadrina tantos disparates?

TÍO CAY. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya una preguntita salada! ¡Eso no había ni qué tratarlo!

ROS. ¡Ole mi tío, qué retebueno es! Déme usted un abrazo muy fuerte, muy fuerte, muy fuerte.

TÍO CAY. Abrazándola. ¿No se enfadará Alfredo?

ALF. No, señor; porque después de abrazarla á ella me abraza usted á mí, y yo me quedo con los dos abrazos.

TÍO CAY. Abrazándolo. ¡Ja, ja, ja! ¿Con que para el otoño, ¿eh?... para el otoño?

ROS. Para el otoño, sí.

ALF. ¡Gracias á Dios que voy á casarme!

ROS. Que vamos á casarnos; no me dejes fuera en las gracias á Dios.

ALF. ¡Como que los dos soñamos con ese día!

TÍO CAY. Sí; realmente... ¿eh?

ALF. Realmente, tío Cayetano, dadas nuestras costumbres y la sociedad en que vivimos, es el único estado en que se puede pasar bien.

ROS. Se suele pasar mal; pero es el único en que se puede pasar bien.

TÍO CAY. Sí, es el único... sí... Ya... yo....

ALF. La soltería, sobre todo para los hombres, está erizada de peligros.

ROS. ¡Erizada!

TÍO CAY. Sí .. sí está erizada.

ALF. La vida entre criados ó de hotel en hotel es aburridísima, fastidiosa...

ROS. Y lo peor no es eso: sino que á última hora se encapricha usted con una fregona de buen palmito... ó con una lagarta...

ALF. Y acaba por hacer viejo mal lo que joven pudo hacer bien.

TÍO CAY. Sí... eso lo he dicho yo mil veces: de viejo se hace mal lo que de joven se hace bien.

ALF. Como otros peligros inevitables y tremendos. Ya ha visto usted ese pobre señor de que ayer hablaban los papeles.

ROS. Una cosa horrible: ¡le han cortado el pescuezo entre el ayuda de cámara y el pinche de cocina!

ALF. ¡Por vivir solo como un hongo! ¿No lo ha leído usted?

TÍO CAY. ¡Ni lo leo! Luego en la siesta es ella: se me representa todo junto... y no duermo tranquilo.

ALF. Por eso yo, tío Cayetano, este otoño, al pueblo con mi mujercita. A trabajar allí como un hombre... y á vivir contento y en paz.

ROS. ¡Y el que quiera más felicidad, que la pinte!

TÍO CAY. Que la pinte, ¿eh?... que la pinte.

Sale Fifí por detrás de la casa y atraviesa hacia la derecha.

ALF. Que la pinte. ¿Adónde vas, Fifí?

TÍO CAY. ¡Fifí! ¿Adónde vas?

FIFÍ Allí con Marucha.

TÍO CAY. Ven acá, mujer.

ROS. Ven acá.

FIFÍ No, que está ahí Alfredo y se burla de mí. Vase.

ALF. ¡Qué chiquilla!

TÍO CAY. Es una chiquilla; pero tiene cuarenta años.

ALF. Tiene más.

TÍO CAY. ¿Tiene más, eh?

ALF. En bondad y en sentido práctico de la vida y de las cosas, tiene más.

ROS. ¡Es una señora mayor!

TÍO CAY. ¡Ja, ja, ja! ¡Dice que es una señora mayor!...

ALF. Mire usted, tío Cayetano: á mí me han derretido los sesos los ojos de mi novia, pero no por eso dejo de comprender que la perla de la casa es Fifí.

TÍO CAY. Fifí... ¿eh?... Fifí... ¿Vamos allá á enredar un rato?

ALF. Vamos allá.

TÍO CAY. Del brazo de Alfredo. ¡Niñas! ¡niñas! ¿Hay sitio para este par de mozos?

Se van por la derecha los dos. Rosalía, que va á seguirlos, se detiene al ver salir á don Segismundo de la casa, y se acerca á él.

ROS. Papá.

D. SEG. Hola, secretaria. ¿Qué quieres?

ROS. Haces muy bien en no enseñar en ningún idioma la palabra incasable. Eres un genio, aunque yo sea tu hija. Y Alfredo te ha salido un discípulo que ya, ya. Acaba de decirle al tío Cayetano que Fifí es la perla de la casa.

D. SEG. ¡Ja, ja!

ROS. Como tengamos hijas, lo que es á ese no se le quedarán solteras. Voy con él. Márchase por la derecha.

D. SEG. ¡Bien; muy bien! ¡Perfectamente bien! ¡Mucho, señor, mucho!... Ya salió, ya salió... Asomándose por detrás de la casa. ¡Elvira! ¡Elvira!

Sale esta.

D.ª ELV. ¿Qué quieres, Segis?

D. SEG. Echa la vista hacia aquel banco, pero sin mirar... Como si tuvieses puestas las gafas negras.

D.ª ELV. ¡Todos allí!

D. SEG. ¡Todos! ¡Por parejas, Elvira!

Los dos miran disimuladamente, fingiendo que no miran.

D.ª ELV. Fifí, el ángel mío, con Cayetano... ¿verdad?

D. SEG. Y Maruchita, el otro ángel tuyo, con Marín.

D.ª ELV. Pero ¿será posible, Mundo?

D. SEG. Pues ¿no lo ves claro, mujer?

D.ª ELV. ¡Lo de Cayetano sería demasiada ventura! ¡Un hombre de su posición y de sus prendas!

D. SEG. Pues dalo por hecho. Cayetano no piensa más que lo que á mí se me antoja que piense. ¿Tú te haces cargo?... Todas las mañanas, hasta que se case, como quien le da la ropa interior, le daré las ideas que hayan de llevarlo á la Vicaría... Ese es mi cuidado. Y no creas sino que le hacemos un gran servicio. A él y á Fifí.

D.ª ELV. ¡Hija de mi alma!

D. SEG. Serán felices... serán felices... Y si Dios les concede algún hijo, no será tonto. Porque como fuerzas iguales se destruyen...

D.ª ELV. No te entiendo, Segis.

D. SEG. En este punto, basta con que me entienda yo.

D.ª ELV. ¿Te parece que los llamemos para ir hacia la mesa?

D. SEG. ¿Todo está listo ya?

D.ª ELV. Todo.

D. SEG. Pues á la mesa entonces, que en la mesa se fortifica el amor: se alimenta... y bebe. Llamando. ¡Jóvenes!

D.ª ELV. Llama también á Cayetano.

D. SEG. ¡Si por él he dicho lo de jóvenes!

D.ª ELV. Ya.

D. SEG. ¡Jóvenes!

TIO CAY. Dentro. ¿Qué pasa?

D. SEG. A doña Elvira. ¿Ves? A los otros. ¡Que la mesa

espera! ¡Que no se vive sólo de ilusiones! ¡Que los viejos, por lo menos los viejos, tenemos apetito!

Se oyen dentro grandes carcajadas de todos y algunos aplausos.

D.ª ELV. ¡Andad, andad hacia la mesa!

D. SEG. Son dichosos, Elvira. No hay que dudarlo.

Aparecen Marín y Marucha.

MARÍN En esta casa, don Segismundo, las horas se vuelven minutos.

D. SEG. Eso quiero yo; eso quiero yo.

MAR. Venga usted, Marín, que lo voy á sentar á mi lado.

MARÍN ¡Aunque me cuelgue usted del techo estaré contentísimo!

Entran en la casa. Don Segismundo y doña Elvira, que los contemplan hechizados, se miran luego sonrientes, con veinticinco comentarios en cada ojo. Salen el Tío Cayetano y Fifí.

TÍO CAY. ¿Eh, Fifí? ¿Lo apruebas, Fifí? Oye, Segismundo, le digo yo á Fifí, que si ese muchacho Marín se quedara un día más, haríamos mañana una excursión en burro. ¡Se me ha ocurrido eso! ¿Eh? ¡Una excursión en burro!

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Una excursión en burro... Muy oportuna idea...

FIFÍ ¿Iremos á las peñas, tío Cayetano?

TÍO CAY. ¡Iremos adonde tú guíes! Y ahora... ahora... ¡á hacer por la vida!

Entrase en la casa con Fifí. Los esposos vuelven á mirarse como antes. Salen Alfredo y Rosalía.

ROS. Papá: mamá: dice Alfredo que esta noche pierde Marín el tren; y digo yo que mañana se cae el tío Cayetano de su burro.

Risas generales.

D. SEG. ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley.

ALF. Don Segismundo: doña Elvira...

D.ª ELV. ¿Qué?

ALF. Ya pueden ustedes decir lo que gusten... y yo también: pero el que se lleva la perla de la casa, soy yo.

Nuevas risas. Entrase en la casa con Rosalía.

D. SEG. Está bien... está bien...

D.ª ELV. ¡Mundo!...
D. SEG. ¡Elvira!...
D.ª ELV. ¡Conseguido nuestro ideal!
D. SEG. ¡Que se lo doy yo á los conquistadores de América!
D.ª ELV. ¿Le pides algo á Dios en este momento?
D. SEG. ¡Sí! Que sean tan felices como nosotros... y que *eso*... ¡sea varón!

Se cogen del brazo y se encaminan hacia la casa.

FIN DE LA COMEDIA

Santander, Agosto, 1908.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)
Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)
Gilito, juguete cómico lírico. Música del maestro Osuna. (2.ª edición.)
La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)
El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)
El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)
La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)
La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)
El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)
La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)
Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)
El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)
Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)
El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso.
El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)
El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
La azotea, comedia en un acto.
El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.
Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
Los piropos, entremés.
El flechazo, entremés. (2.ª edición.)
El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)
Abanicos y panderetas ó ¡A Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)
Los meritorios, pasillo.
La zahorí, entremés.
La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
Zaragatas, sainete en dos cuadros.
La zagala, comedia en cuatro actos.
La casa de García, comedia en tres actos.
La contrata, apropósito.
El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.
El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.
El nuevo servidor, humorada.
Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.
Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.
La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
La musa loca, comedia en tres actos.
La pitanza, entremés.
El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
Los chorros del oro, entremés.
Morritos, entremés.
Amor á oscuras, paso de comedia.
La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)
El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.)
El niño prodigio, comedia en dos actos.
Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.
La zancadilla, entremés.
La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.
La patria chica, zarzuela en un acto, con música del maestro Chapí.
La vida que vuelve, comedia en dos actos.
A la luz de la luna, paso de comedia.
La escondida senda, comedia en dos actos.
El agua milagrosa, paso de comedia.
Las buñoleras, entremés.
Las de Caín, comedia en tres actos.

Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo*.
La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal*.